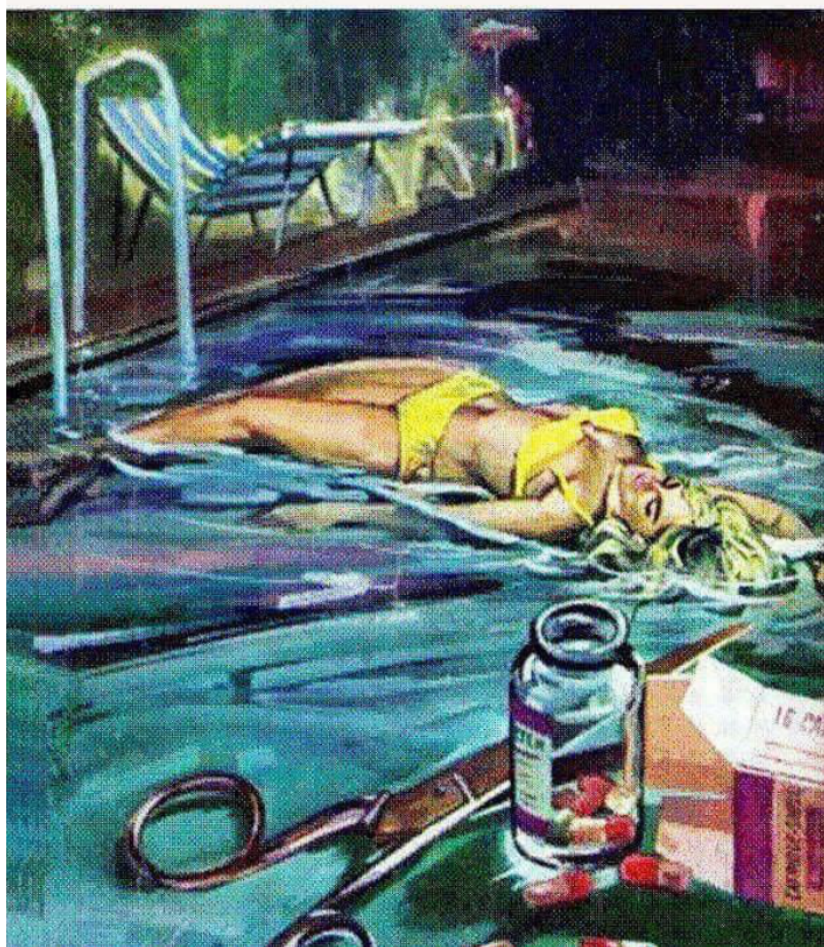




el filo de las tijeras

de CURTIS GARLAND



Frank Corman examinó atentamente la gran ampliación fotográfica en color. Resultaba terrible y estremecedora. Al menos, lo hubiera resultado para alguien, pero no para él. Frank Corman estaba habituado a ver ante sus ojos escenas más tremendas que unas simples tijeras de sastre, sobre una mesa, mostrando el rojo oscuro de sus manchas de sangre.

La mostró a su compañera, con cierta indiferencia.

—Ahí lo tienes —dijo—. Ésa es el arma. A triple tamaño del natural.

—¿La fotografiaste tú mismo? —sonrió Jessica Ward.



Curtis Garland

El filo de las tijeras

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1238

ePub r1.0

Titivillus 07-12-2019

Título original: *El filo de las tijeras*
Curtis Garland, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El Estado de Nueva York versus Millard Monroe.

Acusación: asesinato en primer grado.

Petición fiscal: pena de muerte.

Alegato de la defensa: declaración legal de
desequilibrio mental para su patrocinado.

Ésos eran los cuatro puntos del caso. El proceso estaba en toda su efervescencia. La opinión pública, también. La Prensa aprovechaba la ocasión para vender ejemplares de sus respectivos diarios, en un sucio pugilato de titulares sensacionalistas, fotografías morbosas y detalles escalofrantes.

El jurado, realmente, tenía una difícil papeleta a resolver. Muy difícil y espinosa. Si bien, siguiendo a rajatabla la jurisprudencia del país, les estaba vedado leer periódicos, escuchar la radio o presenciar programas informativos de televisión relacionados con el proceso Monroe, así como cambiar impresiones entre sí o con persona alguna ajena a la composición del jurado mismo, era obvio que algo del ambiente exterior, de la atmósfera sobrecargada y tensa de la calle, llegaba hasta ellos.

El juez Barrett, encargado de dictar sentencia en tan estridente asunto, no podía prohibir a reporteros audaces, expertos ya en el recorrido de los laberintos judiciales, tirar fotografías al final de cada sesión, ni tampoco le era posible, salvo desalojar la sala —cosa que había hecho ya en tres ocasiones distintas, desde que comenzara el proceso—, impedir los murmullos, la tensión ambiental, la crispación de los rostros del público, ávido de presenciar aquella sensacionalista y tremenda sucesión de descargas emocionales que era el proceso contra Millard Monroe.

De ese modo, tanto el procesado como los dos factores antagónicos en el proceso, el fiscal y el abogado defensor, se veían en el mismo trance que los doce miembros del jurado: no podían escapar a la presión intangible, pero tremendamente real que la opinión pública de una ciudad inmensa, poblada en exceso, acumulaba sobre la sala

de lo criminal, en la Corte de la ciudad de Nueva York. Y tras esa ciudad, el país entero vibraba en torno al asunto a dilucidar ante la Justicia.

Un asunto teñido de sangre. Violentemente enrojecido por las muertes violentas que conmovieron a toda la ciudad durante semanas enteras.

Un *affaire* con cuatro nombres unidos entre sí por los eslabones sangrientos de la muerte.

Y un solo factor común a todos ellos.

La Prueba Número Uno de la Acusación: unas tijeras...

Simplemente eso: unas tijeras, reposando sobre una mesa, junto a otras evidencias.

Pero en ellas se centraba toda la carga electrizante del caso.

En unas vulgares tijeras, grandes y afiladas. Unas tijeras de sastre...

* * *

—¿Su nombre?

—Millard Monroe.

—¿Edad?

—Cuarenta y dos años.

—¿Natural?

—De Baltimore, Maryland.

—¿Estado?

—Soltero.

—¿Profesión?

—Sastre.

Un murmullo en la sala. El mazo del juez lo disolvió con dificultades. Así había empezado todo. Luego, el fiscal pronunció sus palabras tajantes:

—Esta Sala, en nombre del Estado de Nueva York, va a juzgar al acusado Millard Monroe, como presunto culpable de un delito de asesinato en primer grado, con numerosas agravantes, y solicitará para él la condena a la pena capital. A lo largo de este proceso, la acusación tratará de demostrar al jurado que el acusado, Millard Monroe, es el hombre que ha sido conocido popularmente con el sobrenombre del Loco de las Tijeras, en la ciudad de Nueva York, durante las últimas semanas del mes de mayo...

El abogado, tras una protesta formal por el modo de enfocar la cuestión que tenía el acusador, replicó a su vez secamente:

—Esta defensa tiene por único objeto, dada la confesión previa del acusado, que se reconoce culpable de esas muertes atribuidas a un llamado Loco de las Tijeras, demostrar palpablemente al jurado que Millard Monroe jamás ha pretendido negar su responsabilidad en todas ellas, pero que a la hora de juzgar sus crímenes, hay que tener en cuenta que la denominación misma de la opinión popular y de la Prensa, coinciden con la realidad de los hechos. Es decir, que mi defendido no es mentalmente responsable, y por ello debe ser considerado incapacitado mental para una petición de prisión o muerte, y sí en cambio ser recluido hasta su total curación, conforme marca la ley en casos como el suyo.

Otro murmullo tuvo que ser cortado en seco por el mazo del juez Barrett, que frunció el ceño, empezando a sentirse malhumorado por las reacciones del público.

—Si se repiten las manifestaciones de los espectadores, me veré obligado a desalojar la sala —advirtió severamente.

Y eso, cuando menos, entibió algo la atmósfera.

El fiscal del distrito estaba ya refutando a su colega de la defensa, enfrentado al jurado de turno, elegido tras minuciosas pruebas, recusaciones y fracasos parciales o totales en la elección de los doce miembros.

—Señoras y señores del jurado —manifestó el acusador público—: mi intención es probar a todos ustedes, con toda clase de argumentos válidos, que el supuesto loco no es tal, y sí un frío criminal que constituye un grave peligro para nuestra sociedad, sin que su mente sea menos lúcida que la de cualquiera de nosotros, los aquí reunidos.

Y contempló largamente a los doce miembros del jurado, las cuatro mujeres y los ocho hombres que componían el grupo denominado habitualmente «doce hombres justos», pero que en esta ocasión, como en muchas otras, eran simplemente «doce hombres y mujeres justos»...

Parecía recordar mentalmente el momento en que, tras ímprobos esfuerzos y largas sesiones, habían sido aceptados como idóneos aquellos miembros, porque ninguno de ellos manifestó haberse hecho una previa composición de lugar sobre el caso, y menos aún

tener prejuicios u opiniones prematuras sobre la posible culpabilidad o inocencia del acusado. Cuando el abogado aceptaba un jurado como correcto, era el acusador quien encontraba alguna objeción, o viceversa. Y así, hasta el momento en que fueron seleccionados los actuales doce miembros, alineados en dos filas, tras el estrado correspondiente, como unos fríos, serenos, atentos y lejanos testigos de cuanto allí iba a acontecer en una sucesión de apasionantes sesiones públicas, aireadas luego por todos los rotativos de la ciudad y por cuantos medios de información existían en el país.

Sólo que los jurados no leerían esos periódicos, no escucharían comentario alguno, favorable o adverso, y no podrían opinar entre sí ni cambiar impresiones con los demás, hasta que llegase el momento de dictar el veredicto. Era la ley.

Encerrados en una sala cercana al tribunal, o reclusos durante noches y días enteros en un hotel, vigilados por agentes de policía, su misión era simplemente oír, ver y callar. Hasta que llegase su momento de opinar oficialmente.

Cuando los eligieron, y fueron nombrados uno a uno por el secretario de turno, bajo la atenta inspección del juez, fiscal y defensor, había permanecido latente en el aire la posible amenaza de una recusación, que diera al traste con un nuevo jurado más.

Pero esa vez no hubo fallos. Uno a uno, fueron aceptados, tras las preguntas de rigor.

* * *

—¿Nombre?

—Marion Blake.

—¿Profesión?

—Camarera de restaurante.

—¿Se ha hecho alguna opinión sobre este caso o sobre el acusado?

—No, en absoluto. Casi nunca leo la Prensa o atiendo la televisión en las informaciones de sucesos.

—¿Edad, estado y lugar de nacimiento?

—Veintisiete años. Divorciada. Nací en Pittsburgh, Pennsylvania.

No hubo objeciones. Ni tampoco para Wanda King, de raza negra, mestiza, natural de Mississippi, con treinta y ocho años, y tintorera

de profesión. Le siguieron la rubia Cheryl Perkins y Millie Webb, de veintidós y veintinueve años, respectivamente. Una era corista de *vaudeville*, y la otra empleada de unos grandes almacenes de Broadway. Ambas nacidas en el propio Nueva York, aunque en barrios tan opuesto como Bronx y Coney Island.

A ninguna parecía preocuparle demasiado el asunto del Loco de las Tijeras, y no tenían prejuicios de ninguna clase, a favor o en contra de Millard Monroe.

Luego, llegó el turno a los hombres. Fiscal y abogado habían aceptado a los jurados femeninos, y el juez refrendó por su parte la aprobación.

Dos de los hombres eran de color: Tab Robbins y Hasper Robson. El primero era cantante de *jazz* en Harlem. Había grabado algunos discos. El segundo, actor de teatro y cine. También había aparecido en unos pocos programas de televisión. Treinta y uno y cuarenta años, eran sus edades.

Glenn Harriman siguió en la lista. Casi sesenta años. Cabellos blancos, rostro bronceado, arrogante y fuerte pese a su edad. Enérgico y seguro de sí. Había pertenecido al Municipio como funcionario. Luego, puso un pequeño negocio. No había formado opinión alguna sobre el caso, y menos aún sobre el acusado.

Lester Wade, con cincuenta y dos años, medio calvo, rollizo, de gafas oscuras. Había sido patrullero y luego miembro de la policía, como agente de paisano. Pese a ello, no se ocupó nunca, declaró, del caso del Loco de las Tijeras, porque ahora su tiempo se lo absorbían sus negocios de compra-venta de terrenos, y su pequeña casa de campo, con su hija y sus nietos. Fue aceptado por el abogado Treadwell, tras un leve reparo que pareció disipar la franqueza jovial del ex policía.

Kirk Edwards, conocido dibujante de muchachas *sexy*, caricaturista y creador de calendarios no aptos para menores, siempre sudoroso, excesivamente gordo y fofo, pelirrojo y nervioso, fue el quinto jurado masculino admitido. Tenía 38 años, había nacido en California, concretamente en San Francisco, y le tenían sin cuidado los casos criminales. Fue admitido.

Néstor Carrizo, un joven puertorriqueño, declaró ser jugador de fútbol como *amateur*, mecánico de profesión en una empresa de auto-taxis, tener veintitrés años, y amar mucho más la velocidad y

las chicas fáciles, que dirigir siquiera una ojeada a un diario o escuchar estupideces —frase suya— por la televisión. Aunque al fiscal no le gustó su modo insolente de responder, aceptó al joven. Y el abogado de Monroe tampoco puso objeción alguna.

Luego, el joven, aburrido e indolente Cornell Lance, de veinticinco años, hijo de una familia rica, sin oficio conocido, sin interés alguno por la actualidad, sin gustarle ni disgustarle que hubiera gente capaz de matar a otros, estuvo en un tris de echarlo todo a rodar. El fiscal dijo que un hombre así, podía encontrar muy natural que un tipo como Monroe asesinara a una docena de personas, y votara a su favor. El abogado protestó la forma de exponer el caso por parte de su compañero. Posteriormente, el juez puso paz, y aburrido de tanta búsqueda del jurado perfecto, formuló unas preguntas al joven Lance.

Éste, algo más comedido, confesó que leía *cómics* de tipo morboso, pero que tampoco pensó nunca en defender o justificar a un criminal, como tampoco se le ocurriría condenar a nadie a ciegas, sin tener elementos de juicio adecuados.

Eso pareció sosegar los ánimos y, algo a regañadientes, el fiscal aceptó al jurado. Así se admitió al penúltimo miembro del grupo de quien dependía la vida o la muerte de un hombre.

El octavo varón, decimosegundo miembro del jurado, era un caballero sordo, provisto de un pequeño aparato auditivo a baterías, incrustado en su oído. Empuñaba un bastón negro, de puño de plata, y miraba desconfiadamente en torno, bajo sus hirsutas cejas canosas, en una expresión eternamente huraña. La boca era una prieta línea llena de energía.

Confesó tener sesenta y tres años, haber nacido en Memphis, Tennessee, y ser especialista en fotografía técnica, jubilado ya. Su nombre era Jason Bridges. Y pese a su defecto físico, su aparato auditivo le permitía escuchar perfectamente cuanto se dijera en la sala. El fiscal del distrito encontró aceptable su elección como participante del jurado, y el abogado de Monroe, acaso harto también de indecisiones y aplazamientos, se apresuró a aceptar igualmente al malhumorado Bridges como último miembro del jurado.

Se resolvió luego quién sería el portavoz del mismo, decisión que correspondía plenamente a los propios jurados. Tras un período

breve de tiempo, la designación fue entregada al magistrado, acusador y defensor.

Glenn Harriman, de sesenta años, natural de Nueva York, vecino de Queens, y ex funcionario público del Ayuntamiento de la ciudad de Nueva York, fue nombrado para tal cargo honorífico. El hablaría siempre, en nombre propio y de sus once compañeros de jurado.

Con eso se cerró un ciclo molesto, rutinario y exhaustivo del proceso más sensacional del año y, posiblemente, de muchos años, en una Audiencia tan abundante en casos estridentes como podía serlo la de la mayor ciudad del país, y a la vez una de las mayores del mundo.

Como decía rutinariamente el legajo oficial, se iniciaba el proceso del Estado de Nueva York versus Millard Monroe, ciudadano neoyorquino acusado de asesinato en primer grado.

No era culpable presunto de un solo asesinato, sino de varios. Cuatro, al parecer, si no surgía algún otro cadáver relacionado con el Loco de las Tijeras. El aceptaba su responsabilidad en todos los casos. Pero la ley era concreta en la jurisprudencia norteamericana. Nadie podía ser procesado por más de un delito. Y así iba a suceder con Millard Monroe, aunque moralmente fuese por todos los crímenes cometidos.

Los esfuerzos del defensor Treadwell, uno de los mejores criminalistas de la ciudad, iban dirigidos a su única vía de escape, dada la previa confesión de Monroe, confirmada luego ante el Fiscal del Distrito: declarar la incapacidad mental del acusado, para salvarle el pellejo.

El acusador público, el Fiscal del Distrito Elmer Tryon, también brillante en su tarea legal, iba a esforzarse por probar a todos que el acusado era perfectamente responsable de sus actos y que, mentalmente, no estaba enfermo ni incapacitado para comprender el alcance de sus actos criminales.

Ahí estaría la pugna en el proceso. Ahí iba a estar la clave de su desenlace. Un juez eficiente sereno, que tenía fama de demostrar a veces un raro sentido del humor, Norman Barrett, iba a ser el encargado de presidir el Tribunal.

El jurado estaba nombrado ya. De modo que todo estaba a punto. Y el proceso comenzó.

El Estado de Nueva York versus Millard Monroe.

Sí. El proceso había comenzado virulento y espectacular, aunque quizá no tanto como esperaban muchos sensacionalistas espectadores, en especial los reporteros de los más importantes rotativos de Nueva York, pendientes de las noticias cotidianas, a presentar con enorme tipografía en primera página.

También los corresponsales de agencias de noticias, los redactores de televisión y de radio, e incluso los comentaristas de publicaciones semanales o mensuales de gran actualidad nacional e internacional, ocupaban sus asientos de privilegio, contemplando a aquel hombrecillo enjuto, pero nervudo, pequeño, pero fuerte, que era Millard Monroe, el sastre de Baltimore, con tienda propia en la Calle Catorce Oeste, cerca de la Octava Avenida y de Hudson Street. Un hombre solitario, cetrino, callado, de apacibles ojos grises, de expresión afable, habituado a manejar toda su vida las tijeras sobre los tejidos de los trajes que cortaba con bastante perfección, a juicio de los expertos. Y, al parecer, llevando también sus habilidades del oficio hasta la propia carne humana de sus víctimas, brutalmente cortada por el filo de sus tijeras profesionales...

Aquél era Millard Monroe, el hombre sorprendido con manchas de sangre en sus ropas, con unas grandes tijeras enrojecidas, en su trastienda de la Calle Catorce, y que en ningún momento había negado cuantas acusaciones le formularon, limitándose a un monoorde y casi irritante:

—Sí, yo fui. Yo lo hice...

Los espectadores no podían separar sus ojos de él, preguntándose cómo un asesino podía tener semejante aspecto de individuo vulgar y corriente, igual que un vecino que no puede resultar molesto a nadie, y a quien incluso se siente uno animado a pedir un favor.

Y aquel hombre apacible, tranquilo, sosegado y como indiferente a todo lo que se desarrollaba en torno suyo en la sala de juicios, era culpable de cuatro brutales asesinatos.

De cuatro crímenes con unas enormes tijeras como arma homicida. De la muerte de cuatro personas indefensas. Cuatro mujeres jóvenes y atractivas.

Eran los dos factores comunes en la cadena sangrienta: el sexo, edad

y buen físico de las tristes protagonistas. Ése era uno.
Y el otro, naturalmente..., las tijeras.

CAPÍTULO III

Las tijeras

Frank Corman examinó atentamente la gran ampliación fotográfica en color. Resultaba terrible y estremecedora. Al menos, lo hubiera resultado para alguien, pero no para él. Frank Corman estaba habituado a ver ante sus ojos escenas más tremendas que unas simples tijeras de sastre, sobre una mesa, mostrando el rojo oscuro de sus manchas de sangre.

La mostró a su compañera, con cierta indiferencia.

—Ahí lo tienes —dijo—. Ésa es el arma. A triple tamaño del natural.

—¿La fotografiaste tú mismo? —sonrió Jessica Ward.

—Yo mismo —asintió Frank, risueño. Agitó la brillante cartulina húmeda, del tamaño de un *poster*. Sólo que en vez de un cantante *pop* o una curvilínea *starlet* de moda, o el líder izquierdista de turno, había solamente aquello: unas tijeras homicidas. Un arma brutal y desgarradora, en manos expertas, fuertes y seguras.

—¿Te dejó el capitán Johnstone obtener esa fotografía de la famosa «prueba número uno» del caso Monroe? —se sorprendió Jessica.

—Ya lo ves: me dejó, sí. A regañadientes, pero lo hizo. Ahora publicaremos esto como portada de nuestro número del próximo viernes. Personalmente, me parece de pésimo gusto, pero el director dice que venderemos, cuando menos, cien mil ejemplares más. Saldrá barata la fotografía, no hay duda.

—El director y la caja, siempre tienen razón —suspiró la joven, riendo. Luego, se puso más seria al preguntar—: ¿Vas a ir a ese juicio, Frank?

—Por supuesto. Quise negarme, y me pusieron la espada en el pecho. No dudaría en despedirme el viejo Goldman, si rechazara su encargo. Debo informar sobre ese morboso asunto que fascina a nuestros lectores. E informar bien. A ser posible, ganando por la mano a nuestros colegas.

—Eso lo veo difícil. *Sensation* es un semanario. ¿Cómo competir

con los diarios, que irán publicando cada día las noticias de la sesión recién terminada?

—Ahí está el quid de la cuestión. *Sensation* está dispuesta a publicar suplementos especiales, incluso diarios si es preciso, impresos a todo color, con noticias de última hora, pero solamente en caso de auténtica sensación, siguiendo la tónica de la revista. Esto es: no habrá suplemento si no hay noticia capaz de hacer palidecer de envidia a la competencia. Si fracaso y sigo la rutina, no habrá aumento este año. Si acierto, guiado por mi olfato, y lanzo alguna «bomba» informativa... no sólo me promete ese aumento el viejo Goldman, sino incluso pasar a redactor-jefe de su revista.

—Eso sería maravilloso, Frank. Justo lo que mereces...

—Oh, sí. Todo lo que quieras. Pero este caso, diga lo que diga la gente, no tiene «carne» donde hincar el diente. Todo está hecho. Ese pobre loco, el sastre de Baltimore, irá a la silla eléctrica. Y si triunfa Treadwell, como buen abogado que es, terminará sus días recluido en un sanatorio para enfermos mentales. Ambos casos están previstos y no serán ninguna bomba periodística.

—Entonces, Frank, ¿cuál sería, a juicio tuyo, una auténtica explosión de sensacionalismo?

—Jessica, sólo existe una posible... y no puede darse, ya que Millard Monroe es culpable y lo aceptó así en todo momento.

—¿Y es...?

Frank contempló de nuevo las tijeras, agrandadas siniestramente en la buena y amplia fotografía en color. Tiró la cartulina sobre la mesa de trabajo de su despacho en la Redacción de *Sensation*. Y le respondió a su joven compañera de trabajo, encargada de la página femenina de la revista:

—Jessie, esa noticia sólo podría ser una: que Millard Monroe, pese a todo, fuese inocente. Y eso... no puede ser.

* * *

—He aquí, señores, la prueba número uno de este caso: las tijeras de sastre, utilizadas por el asesino en sus crímenes. Están aquí, y pueden examinarlas atentamente. Acto seguido, procederemos a demostrar técnica y legalmente que sólo estas tijeras pudieron ser el arma homicida en los cuatro casos que aquí van a ser mencionados

solamente como referencia en tres de ellos, limitándonos solamente a juzgar al acusado por la muerte inicial, la de Rhonda Craig. Aunque aquí cite las demás víctimas, no lo hago con ánimo de recalcar acusación alguna contra el acusado, sino como simple mención de unos hechos que, en todo caso, el propio acusado admitió haber cometido.

—Protesto, Señoría —se incorporó vivamente el abogado Treadwell—. Aquí no estamos para juzgar la intervención o no intervención de mi defendido en esos crímenes, puesto que él mismo se obstina en reconocer su culpa, sin ser forzado por nadie. Esa misma forma pasiva de presentarse ante la Justicia, es la mejor prueba de que su responsabilidad mental dista mucho de ser la que se exige de un ciudadano normal de nuestra sociedad.

—Ahora soy yo quien protesta, Señoría —cortó el fiscal Tryon enérgicamente, alzando los brazos—. Yo no he pretendido llamar loco o demente al acusado cuando me referí de pasada a otros delitos que no constan en el sumario, y que ningún miembro del jurado debe tener en cuenta, y él, sin embargo, se apresura a dar por probada la supuesta anormalidad de su defendido.

—Está bien —cortó el juez—. Repórtense ambos, señores letrados, y hágase constar la mutua protesta. Les advierto respectivamente, señor Treadwell y señor Tryon, de que en lo sucesivo eviten afirmaciones categóricas de ningún género, así como eviten en lo posible que se mencione otra muerte que no sea la de Rhonda Craig, por cuyo presunto asesinato es juzgado Millard Monroe. Y recuerden que la propia confesión del acusado, por contundente y firme que sea, sólo les concede el hecho de que el mismo es confeso de su culpabilidad, pero en modo alguno convicto, en tanto esta Sala no decida al respecto. Ahora, señor fiscal, prosiga con la presentación de pruebas, para iniciar luego el desfile de sus testigos. Terminado el incidente, el acusador público entregó las tijeras a los miembros del jurado, uno por uno, dentro de la bolsa de plástico en que iban envueltas. Solamente tres de los doce jurados pidió examinar las tijeras sin envoltura alguna, y así lo hicieron. Esos tres miembros fueron la joven de color Wanda King, tintorera de oficio, y Lester Wade, el ex policía, y Jason Bridges, el sordo caballero del negro bastón con empuñadura de plata.

Fueron satisfechos sus deseos sin objeciones. Toda posible huella o

señal hallada en las tijeras inicialmente, estaban ya previamente fotografiadas o captadas en minuciosos informes técnicos, desde el análisis espectrográfico, hasta la vulgar recogida de huellas dactilares sobre el afilado acero.

—Evidentemente, es toda un arma —fue lo único que comentó un miembro del jurado en voz alta, en este caso el joven Cornell Lance, mascando chicle con indolencia—. La pobre chica debió quedar destrozada...

Hubo un murmullo en el público. Los demás miembros del jurado no dijeron nada. El abogado Treadwell arrugó el ceño, y cruzó su mirada con su colega de la acusación, Tryon.

No dijeron nada, pero el juez Barrett sí lo hizo.

Inclinándose sobre el estrado, avisó secamente, mirando al joven Lance:

—Joven, repórtese en sus comentarios. Su misión es examinar esas pruebas, limitándose a ello sin sacar conclusiones de ningún género, y menos en voz alta.

—Pido perdón —suspiró Cornell Lance encogiéndose de hombros—. No tengo experiencia como jurado, Señoría.

El juez le estudió en silencio. Parecía a punto de decir algo, pero optó por callarse, y la sesión prosiguió sin más incidentes.

Frank Corman se echó atrás en su asiento de la segunda fila de Prensa, estudiando al joven jurado que hablara tan intempestivamente. Luego, desvió la mirada volviendo a centrarla en el Fiscal del Distrito, Elmer Tryon, que estaba mostrando ahora una serie de fotografías, pruebas microscópicas e informes técnicos de laboratorios, sobre aquellas tijeras, fabricadas por una factoría de Pennsylvania, vendidas en Nueva York por especialistas en material para sastrería, y cuya propiedad quedó probada al ser mostradas a Millard Monroe que, tras un breve examen, incluso demasiado rápido, asintió, con una media sonrisa, declarando con voz ronca:

—Sí. Son mías.

El murmullo se apagó al dar el juez dos golpes de mazo en su estrado. Las pruebas de laboratorio y fotografía, se confirmaron luego con declaraciones de expertos. Resultaba obvio que aquel arma mató a Rhonda Craig, de cuyo cuerpo desgarrado a tijeretazos, se presentó una serie de ampliaciones fotográficas

realmente espeluznante, así como ampliaciones parciales de esas heridas y de cierta melladura de uno de los dos filos de la tijera, que se probó existía también en la herramienta de centelleante acero.

El proceso técnico era tan exhaustivo como minucioso y lento. La defensa se negó a hacer preguntas, insistiendo siempre en que el tema a dilucidar allí era el de la situación psíquica y mental del acusado, cuya culpabilidad no podía él discutir, puesto que el propio reo la admitía obstinadamente, negándose a alegar inocencia alguna.

Y así, pausadamente, a veces de modo lento, farragoso y sin emoción alguna, entre tecnicismos, legalismos y otras cosas nada emotivas, fueron consumiéndose las horas, las sesiones, una a una, en su camino inexorable hacia su final previsible: la condena fatal para Millard Monroe... o su salvación, a cambio de la reclusión en un establecimiento para enfermos mentales.

Ésa era la única incógnita. La única posibilidad existente en el horizonte del escandaloso proceso, tanto para el público que abarrotaba la sala día a día, como para los millares de seres ávidos de noticias que devoraban las páginas de los periódicos.

Porque de lo que no existía duda alguna era del hecho de que Millard Monroe, el sastre de aspecto apacible y tranquilo, era el monstruoso Loco de las Tijeras, el sanguinario asesino de cuatro bellas mujeres...

Nadie sino él podía ser culpable. Y él mismo lo admitía así, una y otra vez.

CAPÍTULO III

IMPRESIONES DE UN JURADO (I)

Culpable.

Es culpable. Lo está diciendo siempre. Lo repite día tras día. A nadie le queda duda. A nadie puede caberle la más mínima indecisión. Millard Monroe es culpable. Mató a las cuatro mujeres. El mismo lo reconoce. Lo acepta sin discutir. Como algo fatalmente cierto e indiscutible.

Ahí está ahora. Sentado frente a mí. Frente a mí, y frente a mis once compañeros de jurado. Ni siquiera nos mira, salvo muy de tarde en tarde, y con indiferencia absoluta. Como si nuestra decisión le tuviera perfectamente sin cuidado. Como si la vida y la muerte, la silla eléctrica, la celda o el manicomio importaran muy poco para él.

Es sorprendente. Increíble, diría yo.

Un hombre se niega a defender su vida, a proclamar su inocencia. Va contra toda lógica, lo sé. Incluso los más grandes asesinos de la Historia, juraron ser inocentes hasta el mismo momento de ser ejecutados.

Pero éste... éste parece distinto. Mucha gente se pregunta sin duda por qué...

En ningún momento ha intentado defenderse, protestar, rechazar una acusación. Se limita a mirar a su acusador, o al hombre que lo defiende. O a nosotros. Y calla. Inclina sus grises ojos y calla. Es como un mudo asentimiento a todo.

Nunca un hombre ha parecido tan culpable. Estoy seguro de que no hay la menor duda sobre su culpabilidad, en ninguno de mis compañeros del jurado. Ni siquiera nos han reunido aquí para eso. Estamos simplemente para decidir si ese sastre insignificante, gris y desvaído que nació en Baltimore hace cuarenta y dos años, es mentalmente sano o enfermo. La diferencia entre uno y otro veredicto, es la muerte o la vida.

La «prueba número uno», todavía permanece presente en el

recuerdo y la sensibilidad de todos mis compañeros de jurado. Lo noto. Se puede apreciar sólo con mirar al fondo de sus ojos pensativos. Allí, mientras escuchan otras evidencias, mientras asisten impávidos a interrogatorios y declaraciones, parecen reflejarse las dos hojas de acero de las tijeras, afiladas y centelleantes, goteando sangre humana todavía.

Después de eso, los datos técnicos, las fotografías ampliadas, los escalofriantes detalles forenses y demás, no han hecho sino precisar esa desagradable impresión personal de cada uno, pero sin borrar de cada mente el objeto protagonista de todas las emociones sentidas por el jurado: las tijeras.

Ahora, está declarando alguien. No he oído su nombre, pero parece un testimonio importante para el fiscal. Es un empleado nocturno de una gasolinera cercana al lugar donde fue acuchillada Rhonda Craig, la primera víctima, y único caso que, legalmente, se debate aquí ahora, al margen de los otros tres asesinatos.

Él ha identificado ya a Millard Monroe como el hombre que aquella noche pasó por allí, con un impermeable oscuro, llevando algo en la mano, algo plano y alargado, envuelto en un papel de diario. Luego, en la noche lluviosa de la zona suburbana, sonó un alarido terrorífico. Y alguien encontró el cuerpo ensangrentado de la joven, en el jardín de un *bungalow* cercano, caída justamente en la puerta de la verja, mientras un hombre se perdía corriendo en la sombra, bajo la llovizna persistente.

El empleado de la gasolinera no ha dudado. Monroe era aquel hombre. Dice que no ha visto fotografía alguna de él anteriormente, ni traía juicio preconcebido alguno sobre él, para poderlo identificar, como hizo previamente en la oficina del Fiscal del Distrito, y ahora aquí, ante todos nosotros.

Uno, a veces, se asombra del cinismo de que es capaz la gente que le rodea. Estoy seguro que ha visto cien veces en cien periódicos distintos, y boletines televisados, a ese desgraciado de Millard Monroe. Estoy seguro de que no podría identificar jamás al hombre que vio o creyó ver aquella noche en el Bronx, con unas presuntas tijeras entre papeles de periódico. Tijeras que incluso está dispuesto a jurar que advirtió por su forma... Pero ávido de notoriedad, de popularidad en los rotativos del momento, deseoso de demostrar ante la Justicia su eficacia como testigo, no duda en señalar a un

hombre como responsable, con escalofriante sencillez, aun sabiendo que en ello va la vida de ese hombre.

Yo, como jurado, miro de soslayo a mis compañeros de estrado, y sé lo que piensan todos o casi todos ellos. Están cada vez más convencidos de que ese pobre diablo es rematadamente culpable. No sé si le consideran un loco o un criminal nato, que disfruta matando del modo más brutal posible, y eligiendo siempre mujeres como víctimas. No sé si, llegado el momento, votarán por su reclusión en un establecimiento psiquiátrico de por vida, o decidirán fríamente que debe ser tostado en la silla eléctrica. Lo que sí sé, es que no habrá en ninguno de ellos la menor duda.

Estarán convencidos, plenamente convencidos, de que ese hombre, Millard Monroe, es culpable hasta la raíz de sus cabellos.

Será lamentable para Monroe, el acusado. Pero nadie podrá evitarlo. Ni siquiera mi sólo voto decidiría nada, salvo prolongar inútilmente las deliberaciones, sin que pudiera ser jamás capaz de disuadir a mis compañeros de jurado de esa convicción plena que les invade.

No podría impedir que viesan en ese hombre la más leve sombra de una duda acerca de su culpa. Sería mi único voto contra el de todos ellos, los once que me acompañan.

Incluso me preguntarían, airados, por qué tenía yo que votar a favor de Monroe, e incluso hallarle inocente, cuando él mismo se confiesa autor de todos esos asesinatos, y acepta de un modo tácito el castigo que haya de recibir por ello. Y yo no podría responderles.

No podría decirles por qué creo que Millard Monroe es inocente de esos cuatro crímenes.

No podría esgrimir argumento alguno para probarles el porqué de mi convicción sobre la inocencia del acusado, confeso de cuatro asesinatos en primer grado.

Y no podría hacerlo, pese a que yo sé que Millard Monroe es inocente.

Pese a que estoy seguro, *absolutamente seguro*, de que él no mató a esas cuatro mujeres.

Porque para ello, tendría que decirles toda la verdad.

Y no puedo decir la verdad.

No puedo decirles que el asesino de las cuatro chicas, el Loco de las Tijeras... SOY YO, un miembro del jurado.

CAPÍTULO IV

El juez Barrett bostezó, después de incorporarse, tras un golpe de mazo que marcó la suspensión del proceso Monroe hasta el día siguiente.

Se dispersaron todos: público, periodistas, agentes de policía, fiscal, defensor y jurado. Y también el reo, naturalmente, custodiado tan celosamente por los agentes uniformados de la Prisión Territorial, como los propios miembros del jurado que debía decidir acerca de su vida o de su muerte.

Frank Corman se quedó sentado en el asiento correspondiente, fruncido el ceño, profundamente pensativo. Su mirada estaba fija en el vacío, y golpeaba suavemente su mentón con la extremidad de un lápiz plateado.

—¿Así cumple un periodista su misión? —Sonó una voz irónica, cerca de él.

Levantó la cabeza Corman. El joven reportero de la revista *Sensation*, estudió al alto y vigoroso capitán Harry Johnstone, de la División de Homicidios, y sacudió luego la cabeza en sentido negativo.

—No tengo nada que escribir con urgencia, capitán —declaró—. La sesión de hoy ha sido muy aburrida.

—Lo fue para todos —convino el policía, apoyándose medio sentado en el brazo de un asiento—. Ocurre siempre, cuando se empiezan a desgranar tecnicismos de todo tipo. Pero así es la máquina de la justicia, Corman. No todo resulta en un juicio tan espectacular y dramático como imaginan los amantes de Perry Mason.

—En realidad, lo que pueda decirse de este proceso, creo que carece de todo interés para el lector, al menos por ahora —bostezó Corman, poniéndose lentamente en pie y desperezándose, tras varias horas de mantener encogida su alta figura en aquel asiento—. El reo admite ser culpable de todo, no niega ninguna acusación, la defensa se exaspera, el fiscal no encuentra problemas para desarrollar su tesis y hacer desfilar sus pruebas y testigos, el jurado

está harto de comprobar que ese tipo es culpable por los cuatro costados, y el tedio nos invade a todos. ¿Qué puedo escribir, para justificar una edición especial, ni hoy ni mañana, ni ningún día, si todo va a transcurrir igual?

—Confidencialmente, amigo Corman, le diré algo —susurró el capitán Johnstone, inclinándose hacia el periodista—. Creo que el abogado Treadwell va a hacer algo desesperado un día de éstos, si es que le conozco bien. Y creo conocerlo. He seguido sus casos desde hace diez años.

—Ya. —Frank miró interesado al policía, mientras ambos se encaminaban a la salida con paso tranquilo—. ¿Qué bomba piensa hacer estallar?

—Bueno, tal vez no sea ninguna bomba, pero sí dará animación al proceso. Pretende presentar todos los asesinatos en esta sala, uno a uno, con sus detalles.

—¿Y eso hará algún bien al acusado? —dudó Corman.

—No. Pero puede que convenza al jurado de que Monroe es mentalmente insano. Sólo un loco parece capaz de acribillar a tijeretazos a cuatro muchachas, en la forma en que ocurrieron esos cuatro asesinatos.

—Eso no es técnicamente legal. Sólo se juzga a un hombre por uno de los delitos cometidos, no por todos ellos —comentó Frank Corman, dubitativo—. Tryon no aceptará ese juego de su adversario. Se opondrá a ello.

—Seguramente lo haga —rió Johnstone entre dientes—. Pero no creo que le cueste mucho poder demostrar ante el juez que en este proceso no se ventila la inocencia o culpabilidad de un hombre, sino su salud mental. Y para dilucidar esto, harán falta *todos* los casos agrupados y no uno solo.

—Sí que conoce a Treadwell, capitán —se admiró Corman, estudiándole pensativo—. Vistas así las cosas, es posible que la sala acepte el nuevo giro del asunto.

—Pues o Treadwell ha cambiado mucho últimamente... o eso es lo que hará no tardando mucho.

—Eso me da una idea, cuando menos, para escribir en mi periódico un comentario sabroso, capitán —se animó la mirada de Corman.

—No mencione la procedencia de la noticia. Treadwell se enfurecía conmigo. Y yo soy muy rencoroso con los que me hacen una

trastada, Corman. Si quiere colaboración alguna vez, necesita llevarse bien conmigo.

—No lo olvidaré, capitán —rió Corman, apresurando el paso, y agitando su brazo en un vivo saludo, corredor adelante, hacia la salida del Palacio de Justicia de la ciudad de Nueva York.

* * *

«Monroe es culpable. Nadie duda de eso. Pero si se ventila su estado mental, ¿por qué no presentar la totalidad de sus crímenes, que forman un todo uniforme, para decidir si es una persona cuerda o demente?».

El ejemplar extra, con tirada a todo color, de la revista *Sensation*, ofrecía en su portada las fotografías de las cuatro muchachas muertas: Rhonda Craig, modelo de fotógrafo publicitario, y conocida

pin-up

de calendarios. Jean Prentiss, bibliotecaria de gafas con montura de oro, muy atractiva y elegante. Daisy Lark, cantante de club nocturno y conocida *streak-teaser* de las alegres madrugadas de Greenwich Village. Y, finalmente, Carol Simpson, universitaria y deportista, ganadora de varios títulos de natación.

Y entre esas fotografías de cuatro bonitas muchachas, la sombra de unas enormes tijeras de sastre, silueteadas en rojo. Quizá sensacionalista, y de dudoso gusto. Pero a la gente le gustaba eso. ¿Por qué no darle carne a la fiera, a cambio de buenos dólares en caja?

Ésa era la política de Ben Golman como editor, y le iba bien así.

El abogado Lewis Treadwell, defensor de Millard Monroe, agitó el ejemplar, satinado y atractivo, ante el juez y el jurado, pese a las reiteradas protestas del acusador Tryon, congestionado por aquel incorrecto proceder de su colega.

—¿Y bien, señores? ¿Es justo que todos los periódicos de la ciudad

comenten esto, y nosotros aquí nos empeñemos en juzgar a ese hombre *sólo* por un delito, cuando la decisión sobre su capacidad mental, depende de todos los delitos cometidos, y no de uno solo, puesto que cada crimen es como un eslabón dependiente de los otros, una pieza del *puzzle* sangriento que solamente un loco podría idear?

—¡Protesto, señor juez! —rugió Tryon, avanzando enérgico hacia el estrado—. ¡El señor abogado defensor no sólo está esgrimiendo argumentos por completo ilícitos en un proceso normal, sino que está influenciando al jurado con ese ejemplar de una vulgar revista sensacionalista, rompiendo así las normas estrictas que, con respecto a la Prensa diaria se establecen para los miembros de este jurado! ¡Solicito se retire ese ejemplar impreso inmediatamente, que las palabras del abogado Treadwell no consten en acta, y que el proceso se limite a seguir por sus cauces legales, discutiendo aquí solamente el caso del asesinato de Rhonda Craig, y nada más!

El juez frunció el ceño, no pudiendo evitar una ojeada de soslayo hacia la publicación extra de *Sensation*. En su asiento, Corman sonrió entre dientes. Y captó la irónica mirada del capitán Johnstone, sentado dos filas más atrás, al cruzarse ambos hombres una ojeada significativa.

Los periodistas escribían presurosos apuntes taquigráficos, los murmullos entre los espectadores tuvieron que ser disueltos a mazazos por el magistrado, y febrilmente, uno de los jurados siguió dibujando, sobre un amplio bloc de dibujo, con un carboncillo, el boceto rápido y preciso de la escena airada de ambos letrados ante el estrado judicial. El sudor brillaba, en la frente abombada del dibujante Kirk Edwards, miembro del jurado que examinaba el caso. —Por favor, señor Treadwell, permítame examinar la portada de ese periódico y su titular, antes de proceder en alguna forma —habló severamente el juez.

Treadwell, con un centelleo de triunfo mal disimulado en el fondo de sus pupilas oscuras fue hasta el estrado, depositando respetuoso en manos del juez Barrett el ejemplar de *Sensation*.

Otro dibujo del jurado Edwards, captó ahora graciosamente la efigie del juez, con el periódico ilustrado en sus manos. Hubo un tenso silencio en la sala. Corman giró curiosamente la cabeza, al percibir el roce suave del carboncillo en el papel granulado. Sus ojos

recorrieron a todo el jurado, deteniéndose en el ex policía Lester Wade, que ingería una tableta de algo en ese momento, sin necesidad de sorbo alguno de agua.

Néstor Carrizo parecía más interesado en escudriñar la contraportada del *Sensation*, donde aparecía un rojo «Masserati» en una curva de Indianápolis, que en todo lo demás. El caballero de bastón de puño de plata y aparato auditivo en el oído, se inclinaba hacia adelante, muy curioso, en tanto Cornell Lance mascaba chicle, con total indolencia y aburrimiento. Glenn Harriman y los dos negros, se apoyaban en el borde de su barandilla, atentos al repentino sesgo dramático del proceso.

Corman volvió su atención a su periódico, aún en manos judiciales. No había dudas: su artículo había removido la cuestión. Eso le haría más popular al día siguiente en la ciudad. Sobre todo, parecía una buena arma en manos del defensor de Monroe.

—Bien, señor Treadwell —habló pacientemente el juez, quedándose el periódico en el estrado, tras doblarlo cuidadosamente—. Puesto que en la primera plana de esa publicación solamente se hace una pregunta, sin sentar afirmación alguna, y sin entrar o salir en la materia que es competencia de esta sala y del jurado, y se exhiben cuatro fotografías sin más detalle, no rechazaré como inadecuada la exhibición de este periódico, aunque el jurado no tenga por qué entrar ya en el resto de la materia aquí impresa. Han visto, simplemente, la pregunta que en grandes caracteres se formula un periodista, y las fotografías de las cuatro víctimas del acusado. Eso no constituye materia para formar juicio previo respecto al caso, y lo único que haré es incautarme de dicha publicación, advirtiéndolo al señor abogado defensor que la exhibición posterior de cualquier otro impreso, traería automáticamente consigo la anulación de este proceso. ¿Comprende, señor Treadwell?

—Sí, Señoría —inclinó la cabeza el abogado, con aparente modestia—. Pido perdón por mi libertad. Sólo pretendía demostrar que hasta la opinión pública y la Prensa, consideran esas muertes como un todo indivisible, si lo que se ha de dilucidar aquí es el estado mental del acusado.

—Insisto en mi protesta, señor juez —se apresuró a hablar el fiscal Tryon, enfático.

—Señor Tryon, considero que no ha lugar a su protesta, puesto que

en ningún momento se beneficia claramente al acusado con la exhibición de esos otros casos criminales ante la sala, ya que él mismo ha reconocido ser autor material de los cuatro asesinatos, y aquí no se discute su inocencia o culpabilidad por tanto, sino su estado mental. Uno solo de los delitos de que se reconoce culpable, no bastaría quizá para hacerse una idea de los móviles y tendencias del acusado, mientras que los cuatro, en conjunto, formarían un mosaico completo de su psiquis y de las causas que motivaron tales actos de violencia. Considero que, para llegar al fondo de la cuestión, sería más lógico desmenuzar los cuatro casos, aunque no sea jurídicamente correcto por completo, y así tener materia de opinión más amplia y concreta. De todos modos, si la acusación pública se opone, este juicio proseguirá de este modo, aunque mucho me temo que entonces tengan que efectuarse otros procesos, antes de resolver con justicia sobre el caso.

Hubo un silencio profundo en la sala. La gente estaba pendiente de Tryon, que vacilaba. Luego, éste se aproximó al juez. Habló con él en voz baja. El magistrado requirió entonces a Treadwell, y el abogado se unió al coloquio íntimo allí entablado. Frank Corman estaba pendiente de la más mínima reacción de todos los personajes del drama que se desarrollaba ante él.

Al final, abogado y fiscal se apartaron. El juez hizo un gesto y miró al jurado.

—Creo que todos ustedes estarán de acuerdo conmigo en que, para dilucidar sobre la salud mental del acusado Millard Monroe, es preciso conocer a fondo sus cuatro crímenes, ya que no vamos a juzgarle solamente por su culpa en ellos, ya admitida por acusado y defensa, sino con respecto a su móviles y a su estado mental.

Asintieron la mayoría de los jurados. Glenn Harriman se incorporó.

—Como portavoz de este jurado, pido la palabra —habló gravemente, tras una tos seca.

—Concedida la palabra, señor Harriman —afirmó el juez, curioso. Le miró—. Siga.

—En nombre propio y de mis compañeros de jurado, creo que existen ocasiones en que el tecnicismo legal puede ser más un freno que una ayuda para la aplicación de la justicia. Por tanto, gustosamente aceptaremos cuantos más datos mejor sobre las actividades criminales del acusado, para así llegar a una conclusión

más justa y definida. Creo hablar como lo haría cualquiera de nosotros en este caso. Si algún miembro del jurado no opina como yo, puede expresarlo libremente ahora.

Hubo asentimientos. Nadie se levantó o abrió la boca para replicar. El juez, satisfecho, se echó atrás en el asiento. Luego, dio un mazazo sobre el estrado.

—En tal caso, se suspende la vista hasta el lunes —dijo, incorporándose—. Y será reanudada con el examen de los cuatro casos criminales, separadamente o en conjunto, a juicio de los señores letrados del Ministerio Fiscal y de la Defensa.

Un revuelo considerable acogió el fin de la sesión. Los reporteros volaban hacia los teléfonos para dar la noticia a sus rotativos. Solamente un hombre permaneció quieto, encendiendo un cigarrillo con parsimonia, y abandonó lentamente la calurosa sala de juicios, cuando ya el último jurado, el dibujante Edwards, enjugándose el copioso sudor de su faz redonda y enrojecida, desaparecía tras una puerta destinada estrictamente al jurado.

Los ojos de Corman se detuvieron fijamente en un objeto caído al pie del estrado, justo entre dos barrotes de madera de la barandilla de los jurados. Era una bola de papel. Se inclinó a recogerla, fijando de pasada su mirada en un pequeño tubo de plástico, con el nombre complicado de un medicamento, sobre una franja azul oscura. Recordó al ex policía Wade, ingiriendo un comprimido durante la sesión. Pero lo que le interesaba era aquel papel, que pasó al fondo de su bolsillo.

—Enhorabuena, Frank —dijo alguien—. Esto de hoy ha sido casi obra tuya...

Se paró, ya junto a la salida. Miró al que hablaba.

—Hola, Martin —saludó—. Creo que sobrevaloras mi trabajo de ayer.

—No lo creas —rió de buena gana Martin Powell, del *Times*—. Has dado un buen golpe a tus competidores de la Prensa escandalosa. Eso de que tu publicación sirviera de arma para la defensa, va a sonar fuerte en la ciudad a partir de hoy. Pero creo que al fiscal no le habrá hecho ninguna gracia, la verdad.

—Bueno, lo cierto es que Treadwell ya debía tener pensado algo así —trató de contemporizar Corman, sin faltar a la verdad—. Mi periódico sólo sirvió de apoyo a su idea.

—Sea como sea, eres el hombre del día —comentó Powell, palmeando con fuerza a su amigo y colega—. ¿Vienes a almorzar con nosotros? Jessica, tu compañera del *Sensation*, nos espera en la cafetería de abajo...

—Bueno, creo que sí iré con vosotros —asintió Corman—. ¿Qué diablos hace Jessie aquí?

—Ya sabes cómo son las mujeres. Y no me refiero a ella, sino a sus lectoras. Deben estar hartas de los horóscopos y de las modas. Ahora se preocupan por Millard Monroe. Tal vez porque liquidó a cuatro ejemplares del sexo femenino. Pero quieren saber cosas sobre él, sobre su estado mental, sobre su infancia y todo eso. Jessie trata de escribir unas crónicas al margen del caso criminal en sí. Ahora iba a reunirse con el capitán Johnstone para ello.

—Si me lo juran, no lo creo —sacudió Corman la cabeza—. ¡Jessie, en los Tribunales! Las mujeres están cambiando de gustos ahora. Son más morbosas que nosotros, Martin.

Se dispuso a partir con su amigo hacia la cafetería inmediata al Palacio de Justicia. Una voz le interrumpió, secamente, a espaldas suyas:

—¿Es usted Frank Corman, del *Sensation*?

Se volvió el joven periodista. Una luz de ironía y a la vez de preocupación destelló en el fondo de sus pupilas oscuras. Asintió.

—Sí, soy Corman, señor Tryon —respondió al Fiscal del Distrito.

—Por favor, me gustaría hablar con usted ahora —dijo el acusador público—. ¿Puede venir a comer el restaurante Martino's?

—Bueno, yo... —comenzó a decir Corman, algo incómodo.

Como queriendo ahuyentar sus aprensiones, el Fiscal del Distrito sonrió al añadir:

—No debe alarmarse. También nos acompañará en la comida el señor Treadwell, abogado defensor de Millard Monroe...

—Está bien —suspiró Corman—. Acepto, señor Tryon.

CAPÍTULO V

IMPRESIONES DE UN JURADO (II)

No me ha gustado eso.

No me ha gustado nada. Ese periodista ha venido a complicar las cosas. Precisamente cuando todo estaba mejor. El final cercano del proceso estaba a la vista. La gente se aburría ya de tecnicismos. Era cosa de unas pocas sesiones más, y Millard Monroe hubiera sido acusado de asesinato en primer grado, y declarado plenamente responsable de sus actos.

Por la muerte de Rhonda Craig, no podían pensar ni remotamente que ese hombre estuviera loco. Era el acto normal en un maniaco sexual, y que yo sepa, esa clase de tipos no acostumbran nunca a ser considerados plenamente como locos irresponsables. Casi siempre terminan en la silla eléctrica.

Ahora, todo va a ser diferente. Más largo, más complicado. Y, tal vez, más favorable a Monroe. No porque puedan probar que es inocente, ya que él mismo admite su culpa, sino porque puede inducir a mis once compañeros de jurado a resolver que Monroe es un enfermo mental, y no merece la pena máxima.

Ese estúpido y condenado periodista... ¿Qué maldito periódico han esgrimido hoy? Ah, sí, ya recuerdo... El *Sensation*. Una revista asquerosa. Sensacionalista, llena de fotografías morbosas... Morbo. Eso es lo que quiere la gente, maldita sea. Morbo a ultranza. Bien. Van a verse satisfechos en breve. Todo porque a ese imbécil escritorzuelo se le ocurrió decir que los cuatro crímenes eran una sola obra criminal, y cada uno de ellos una simple pieza de ése todo.

El muy cerdo acertó, ésa es la verdad. No va nada descaminado. Claro que eso no va a servir para descubrirme a mí, pero hay algunos indicios y detalles que pudieran ofrecer lados oscuros, dudas e incertidumbres en el jurado, en el juez...

Bien, tendremos que seguir aquí. Días, semanas enteras quizá. Recluidos en unas habitaciones de hotel, vigilados y controlados. La

estupidez de la máquina legal es infinita. Esperan que así este grupo de personas heterogéneas decidan con justicia. Como si eso fuese tan fácil, por muchas que sean las ganas que cada uno tenga de ser justo. Puedo ver a cada uno de mis compañeros de jurado. Les importa un comino todo esto. Bostezan, se aburren o dormitan. A veces se interesan en las piernas de una testigo atractiva, o en contemplar el busto de una espectadora bien dotada por la naturaleza. Otras, miran al acusado con expresión de ira o rencor. Si les dieran el interruptor de la silla eléctrica sólo por un momento, Monroe estaría ya electrocutado. ¡Y nosotros hemos de hacer justicia! Es ridículo pensar en todo eso. Gentes que no entienden de legalismos, ni quizá de humanidades. Gente preocupada con sus problemas personales o con otras mil fruslerías. ¿Qué puede preocuparles a ellos la vida de un hombre?

Por fortuna, no soy yo quien está sentado ahora en el banquillo, sino ese pobre diablo de Monroe. No quisiera estar en su pellejo, ciertamente. Por suerte, estoy aquí. Al otro lado de la divisoria. Yo debo juzgarle *a él*, no ser juzgado por nadie.

Tiene gracia.

Yo...

Yo, que clavé esas tijeras en todas y cada una de las malditas muchachas... Yo, que maté sin vacilar a las cuatro jóvenes... estoy ahora aquí. Juzgando a otro por lo que yo hice.

Alguien diría que esto es el crimen perfecto. No sólo tienen culpable confeso, sino que el auténtico asesino forma parte del jurado que ha de dictar el veredicto final. ¿No resulta cómico todo esto? Cielos, va a ser divertido, ocurra lo que ocurra.

Interiormente, me reiré de todos ellos. De mis compañeros, del fiscal, del abogado defensor, del juez... Y del sastre de Baltimore, claro. Le achicharren o no, me reiré mucho de ver a otro en mi lugar, y yo bien lejos de toda sospecha, al margen de cualquier recelo.

He sido muy listo. He sabido hacer las cosas. Y continúo haciéndolas bien. Muy bien, ésa es la verdad.

Creo que ha sido algo realmente genial, llegar a formar parte de este jurado. Hice muy bien mi papel. Soy buen actor. Siempre lo he sido. Y la cosa resultó. No es que me importara demasiado verme aquí, como testigo de este proceso y, a la vez, como parte

fundamental en su resultado definitivo. Lo realmente importante es que me haya burlado de todos. De la policía, de la Justicia, de la opinión pública... y tal vez también de ese desgraciado que ocupa el banquillo. Y de la propia lógica.

Porque si esto no es un delito perfecto, ¿qué otra cosa puede serlo? ¿Cuándo se ha visto, antes de ahora, a culpable y jurado siendo una misma persona? ¿Cuándo se volverá a ver? Creo, realmente, que nunca. Nadie es tan audaz y astuto como yo. Nadie manejó jamás los hilos de la trama tan a la perfección, para hacer de los demás completas marionetas que siguen su juego caprichoso.

¿Se imaginan ustedes al Destripador, a Petiot, a Landrú o al Estrangulador de Boston, formando parte inocentemente del jurado que debe acusar de sus crímenes a un inocente estúpido, insignificante, ávido de popularidad, de crearse una personalidad, de atraer la atención del mundo, aunque sea a costa de la propia vida?

Pues ése es mi caso. Yo, el mal llamado Loco de las Tijeras, soy el criminal inteligente y frío, capaz de haber llegado a tal extremo. Capaz de hacer que condenen a otro. Capaz de burlarme desde mi asiento, en el estrado del jurado, de jueces, abogados, fiscales y policías. ¿Habrá alguien en esa sala capaz de girar sus ojos hacia mí, de señalarme con el dedo y gritar estentóreamente a toda la sala?

—¡Ése ha sido el culpable! ¡He ahí a la persona que mató a las cuatro muchachas! ¡Millard Monroe es inocente... y ahí tenemos al verdadero asesino de las grandes tijeras ensangrentadas!

No. Nadie podrá jamás decirlo. Es imposible. No hay posibilidad humana de que alguien imagine a Monroe inocente. El mismo jura y perjura ser culpable, e irá gustoso a la silla eléctrica o al establecimiento psiquiátrico, sólo por aparecer ante los demás como un asesino terrible y odioso. ¿Qué más pudo soñar el oscuro hombrecillo, perdido en la penumbra de su sastrería día a día, cortando trozos de tela para trajes que luego vestirían los grises hombres de la vulgaridad?

Ahora es alguien. Es más, mucho más que un simple sastre mediocre. Es el Loco de las Tijeras. Parecen destellar de orgullo sus ojos grises y torpes, cuando los fotógrafos le captan, cuando la gente emite murmullos de horror ante su crueldad, cuando se citan

espectaculares alardes periodísticos en torno a unos crimines que él jamás cometió.

No. El nunca se volverá atrás. No es de éstos. Morirá o será recluido a perpetuidad con la firmeza de ser el único asesino. Se mostrará a la multitud con orgullo, con soberbia de hombrecillo incapaz de matar una mosca. Acaso como el célebre sastrecillo del cuento de hadas. El jamás sería capaz, sin embargo, de aniquilar al ogro. Ni a nadie.

Y yo, aquí...

Yo, sin inmutarme. Sin alardear de mi astucia, mi inteligencia... Acaso tampoco de mi crueldad. Aunque no me siento cruel. No lo he sido nunca. ¿Qué destrocé a esas muchachas, a las cuatro con igual ferocidad? No importa. Lo merecían. Todas ellas lo merecían. Era lo justo. Tenían que morir así. Y murieron. Hay cosas que la gente, la sociedad, la ley y la Justicia, jamás entenderían. Ni hace falta que lo entiendan. Lo entiendo yo, y eso basta.

Es curioso ser, a la vez, protagonista y espectador. Es como haber hecho una película bastante buena, con el papel principal. Luego, sentarse en el patio de butacas de una sala cinematográfica, y asistir a la proyección...

Ahora están proyectando mis crímenes. Mis delitos. Yo, en vez de ocupar un banquillo de acusado, ocupo uno de espectador. Pero espectador de privilegio. Acudir cada día a la audiencia pública, no tendría mérito ni sentido. Sería demasiado mísero para mí. Por eso me las ingenié para esto. Por eso ahora soy quien soy: el miembro de un jurado que debe dictaminar sobre la culpabilidad de un hombre que se atribuye absurdamente los crímenes que yo cometí. Sí, ya dije antes que era gracioso. Muy gracioso. Y lo será aún más, no hay duda...

Porque a fin de cuentas, ¿quién puede sospechar de mí? ¿El capitán Johnstone, de Homicidios? Jamás. ¿El juez, el fiscal, el abogado? Nunca. ¿Los demás miembros del jurado? Imposible de todo punto. ¿El acusado? Bastante tiene con el papel que se asignó, el de gran personaje de la «crónica negra» de la gran ciudad. De no ser nadie, a ser el más popular ciudadano de Nueva York, de la noche a la mañana. Una terrible popularidad, eso sí. Pero ¿qué le importa a Monroe, ávido de fama, de ser alguien, de adquirir una personalidad, aunque sea negativa? Es la tremenda lógica de los

defraudados, de los reprimidos.

Oh, no sé por qué pienso en todo eso mientras transcurren estas horas de descanso, tras la sesión de esta mañana. Ahora tenemos la tarde del viernes, el sábado y el domingo enteros, para vivir aislados en este hotel. Con policías en las puertas. Con un compañero de habitación cada uno, en seis habitaciones controladas y vigiladas, adonde nada del exterior puede filtrarse para alterar nuestro propio criterio. Es la ley. Así está estipulado.

No sé por qué pienso... Me duele la cabeza otra vez. Estos malditos dolores de cabeza... Tendré que tomarme otro comprimido. La jaqueca vuelve... Sí, otro comprimido más, como dijo el médico. Malditos comprimidos... Siempre uno más, Uno más...

CAPÍTULO VI

—¿Qué es eso, Corman?

—Ya lo ve: un boceto, fiscal.

—¿Un boceto? —Lo estudió, sobre el rugoso papel granulado—. ¿Quién lo hizo? Es el momento en que el juez Barrett examina su periódico, Corman.

—Claro —rió entre dientes Frank—. Servirá para la edición de mañana. Lo trazó un miembro del jurado.

—¿Cómo lo obtuvo? —Se irritó el fiscal, irguiéndose vivamente.

—Oh, tal vez repitió el dibujo, y no le gustó su primer intento. Hizo una bola con la hoja, y la tiró. Yo la recogí del estrado. El dibujo es bueno. Lo publicaremos, sin citar autor. Y sin mencionar que lo hizo uno del jurado, claro.

Hubo un hosco silencio. Elmer Tryon, *attorney-at-law*, no aprobaba aquel boceto. No aprobaba muchas cosas del proceso que tenía entre manos. Curioso, su rival y colega, Lewis Treadwell, defensor del acusado, echó una ojeada al dibujo. Luego, soltó una breve risa.

—Eso es obra de Kirk Edwards, seguro —declaró, irónico.

—Edwards... —refunfuñó Tryon, apurando su postre. —Claro. El dibujante. ¿Por qué lo supo? ¿No hay nadie más que se distraiga dibujando, durante el proceso?

—No —rechazó Treadwell—. Además, hay un detalle inconfundible en el dibujo.

—¿Cuál? —se interesó Tryon.

—Esa rubia de la primera fila, la de las piernas cruzadas —señaló el boceto el abogado—. Es la línea habitual de Edwards. Bonitas pantorrillas, y curvas por todas partes. Así es él. ¿No ha visto sus calendarios, Tryon?

—Al diablo con eso —se enfureció el fiscal, apartando su copa de helado. Miró fijamente a Corman—. ¿Se está preguntando aún por qué le he invitado a comer, junto con mi colega el letrado de la defensa?

—Me lo estoy preguntando todo el tiempo —sonrió Frank—. Imagino que será por causa de esa edición especial del *Sensation*...

—Sí, es por eso —refunfuñó el fiscal—. ¿Cree que va a reportar algún bien saltarse las normas jurídicas alegremente, mezclando otros tres asesinatos con el de Rhonda Craig, la primera víctima de Monroe?

—Al margen de trucos legales, Tryon, creo que es imprescindible analizar el total de los delitos de Monroe —señaló gravemente Treadwell—. Sólo así llegaremos a una conclusión válida, que calibre el auténtico estado psíquico de nuestro hombre.

—Yo no creo que esté loco —rechazó el fiscal.

—Yo, sí —afirmó Treadwell—. Sólo un enfermo mental atacaría a las cuatro muchachas del modo que él lo hizo. Por eso insisto en que es preciso valorar el caso en su totalidad, y no aisladamente con respecto a cada crimen. Ése sería el mayor de los errores.

—Eso se discutió ya, y el juez lo aceptó. Personalmente, no me opuse porque un fiscal no busca siempre la condena por norma, sino, ante todo, hacer justicia. Pero ese tipo no me parece ningún loco, Treadwell. Es más, y, aunque eso descubra algo mis cartas, con vistas a jugadas futuras: tengo evidencias científicas y clínicas de que Millard Monroe es una persona completamente normal, aunque con sus rarezas y manías, como cualquiera de nosotros. E incluso con sus complejos, si quiere. Pero un complejo no significa necesariamente estar loco. En nuestra época, todos padecemos de uno o varios complejos, sin que por eso se altere nuestra razón.

—¿Complejos? —se interesó Frank Corman—. ¿Qué clase de complejos?

—Bueno, los más frecuentes en los pobres diablos como él —se encogió de hombros el fiscal—. Se considera inferior, gris, insignificante... Un día denunció un robo en su tienda, sin ser cierto y sin tener aseguradas sus pertenencias. Sólo por salir de la mediocridad y figurar en la crónica de sucesos. Eso le costó una multa, y el juez fue magnánimo y le perdonó un mes de cárcel. Es de esa clase de tipos que haría cualquier cosa por salir del anonimato de tantos millones de seres en esta ciudad.

—¿Como, por ejemplo..., admitir que cometió cuatro asesinatos, sin haberlos cometido? —sugirió de repente Corman.

Tryon, el acusador público, dio un respingo. Treadwell le miró atónito. Rápido, el fiscal rechazó con voz fría:

—No. Más bien diría que es de las personas capaces de «matar» a

otras por verse en los periódicos, Corman.

—¿Y eso... no es demencia? —dudó el periodista.

—Clínicamente, no —negó Tryon—. Sólo un complejo, no lo olvide. ¿Café, amigos?

Aceptaron ambos. De repente, Treadwell se había puesto ceñudo. Miraba a Corman, reflexivo. Y sin que nadie lo esperase, formuló una duda en voz alta:

—Es más fácil admitir haber hecho algo que hizo otro, que hacerlo por uno mismo, cuando se tiene la rara psicología de ese hombre.

—¿Qué pretende ahora? —se escandalizó Tryon—. ¿Dudar de la culpabilidad de su defendido? Por Dios, me decepciona usted totalmente. Es condenadamente culpable, y ambos lo sabemos. No se dilucida eso en este proceso, sino un concepto técnico para calibrar su responsabilidad y, por tanto, su condena. Ahí termina todo matiz al respecto.

—Monroe podría ser inocente —dijo Frank Corman con sequedad—. E incluso disponer de una duda razonable que cambiara totalmente el aspecto de este proceso... si no fuera por su confesión personal, por las tijeras halladas en su trastienda, por la sangre en sus ropas y en el arma homicida..., y por el hecho de haber sido identificado por el empleado de la gasolinera de Bronx. Son demasiados hechos en su contra, Treadwell.

—Lo sé. Pero su confesión podría ser producto de ese complejo al que hemos aludido por simple casualidad —sostuvo el defensor—. ¿Qué nos quedaría entonces, Corman?

—Las tijeras —suspiró Frank—. Y las manchas de sangre en sus ropas. Y el testigo de Bronx.

—No se las prometan demasiados felices pensando destrozarse esas evidencias —avisó Tryon secamente—. Hay más evidencias contra él en los casos siguientes.

Especialmente, en la última muerte, la de Carol Simpson, en la piscina de su residencia de Staten Island. No voy a descubrir mis cartas, pero Monroe estuvo allí, fue visto e incluso fotografiado en la cercana feria, a menos de doscientas yardas de la casa de la muchacha universitaria, campeona de natación, acuchillada en las aguas de su piscina luminosa. ¿Quieren mayores pruebas, caballeros? Ya ven que no oculto mis triunfos, porque no merece la pena. Si alguna vez, alguien fue culpable de pies a cabeza, y está

fuera de toda duda ese aspecto de la cuestión, esa persona es justamente Millard Monroe.

Tras su informe, el inicial entusiasmo de Treadwell se apagó considerablemente. Corman arrugó el ceño, mientras alisaba cuidadosamente su dibujo al carboncillo, obra del jurado Kirk Edwards, el fofo y gordo pelirrojo que sudaba constantemente mientras dibujaba.

—Todavía no he sabido por qué fui requerido a esta comida, fiscal Tryon —le recordó al acusador público—. Si tiene la bondad de decírmelo, iré a mi trabajo. Debemos sacar otra edición especial del *Sensation*.

—A esas ediciones «especiales» me refiero —silabeó secamente Elmer Tryon—. No me gusta que le haga el juego a la defensa, Corman. Y como fiscal del distrito, puedo ser mal enemigo en futuros asuntos, si su periódico se pone en contra mía.

—Eso suena a amenaza —rió Corman, irónico.

—No lo es. Sólo una advertencia.

—Eso acostumbra a decirse en tales casos. —Frank se puso en pie, decidido, guardando en su bolsillo el bien doblado dibujo—. Bien, caballeros. Les veré el lunes, sin duda. Este fin de semana será de duro trabajo para todos nosotros. Yo pienso lanzar una edición especial de mi periódico, fiscal Tryon. La idea me la acaban de dar precisamente ustedes dos. Les guste o no, la pregunta en mi próxima crónica, irá a toda plana, con el mayor tipo de letra existente en el periódico. Y creo que no va a gustarle a mucha gente.

—Espere un momento —silabeó Tryon, acremente—. ¿Qué pretende decir con eso?

—Que yo también sé amenazar cuando me molesta alguien, señor fiscal. ¿Sabe lo que dirá la primera página de la edición de esta noche del *Sensation*? Algo así como...: «¿Es realmente culpable Millard Monroe?».

Dio media vuelta dirigiéndose hacia la salida del restaurante con paso largo y enérgico, Tryon le llamó, con voz acerada:

—¡Espere! ¡Si escribe algo sobre esa ridícula posibilidad, va a pesarle a su publicación, Corman! Además..., la gente se reirá de ustedes.

—Eso me gusta —masculló Corman desde la salida del restaurante

—. Así veremos quién ríe el último...

Una leve sonrisa burlona flotó en los labios del abogado Treadwell, mientras contemplaba de reojo a su compañero de mesa, y Frank Corman desaparecía tras la puerta vidriera de Martino's.

* * *

«¿Es el verdadero culpable Millard Monroe?».

La tipografía era espectacular. La edición acababa de agotarse, según informes, y en talleres se estaba haciendo una segunda tirada con la fotografía de Monroe en la cubierta, el gran interrogante en rojo, y los enormes titulares cruzando diagonalmente la portada.

La cruda luz vertical del despacho caía sobre ellos desde la lámpara colgada del techo. Ben Goldman mordisqueaba un cigarro apagado, mientras no terminaba nunca de releer las galeradas del consultorio sentimental de la página femenina.

Jessica Ward esperaba el resultado de ese examen, cambiando frecuentes miradas con el silencioso Frank Corman, erguido ante la mesa de su jefe, el director-propietario de *Sensation*.

Un reloj eléctrico, en el muro, señalaba las dos menos cuarto de la madrugada del viernes al sábado. Hacía un calor sofocante, que el aire acondicionado no acababa de dispersar debidamente. Afuera, Nueva York era la ciudad semidesierta de todos los fines de semana.

—Que el diablo nos lleve a todos, Corman —masculló al fin el gran hombre del *Sensation* con aire preocupado—. Se han vendido todos los ejemplares. Y venderemos cincuenta mil más, no hay duda. Pero ya ha llamado un montón de gente importante, diciendo que estamos locos, que somos unos majaderos o que queremos meternos en líos. Desde el comisionado Parrish hasta el fiscal del distrito, pasando por los directores de otros periódicos, criminalistas prestigiosos y policías. Sobre todo, policías. Con el capitán Johnstone a la cabeza, que aseguró que no va a dirigirte la palabra nunca más, porque la detención de Monroe es obra suya, y él encontró todas las pruebas en su tienda. Tu artículo, Frank, les ha

sentado a todos como un trago de purgante. Y el caso es que a mí me divierte, pero creo que te pasaste esta vez, haciendo afirmaciones gratuitas.

—No afirmo nada —rectificó él—. Me limito a preguntar. Y las respuestas no son fáciles. Está demostrado que Monroe es uno de esos necios que quieren ser alguien en la vida, a costa de lo que sea. Le acusaron de asesinato, y se apresuró a afirmar que era culpable. Eso no lo hace nadie que esté en su sano juicio. Ni tampoco los locos, que para ciertas cosas son aún más astutos que los cuerdos.

—Eso no es suficiente para insinuar lo que dices tú en esa crónica —rezongó Goldman, ceñudo.

—De momento, sólo son insinuaciones —dijo Frank—. Voy a tratar de que la próxima edición sea mucho más concreta en ciertos aspectos.

—Eh, ¿qué diablos se te está ocurriendo ahora? —indagó alarmado, su jefe—. No querrás que todo el mundo se ponga frente a nosotros, ¿no es cierto?

—Eso importará poco, si el periódico se sigue vendiendo..., y si yo logro probar algo de lo que digo.

—Pero..., pero eso no tiene sentido, amigo mío —se quejó Goldman, golpeando el ejemplar de la pasada edición—. Todos sabemos que Monroe es culpable...

—Yo no lo sé —cortó Frank, tajante.

—Eh, un momento. ¿Estás hablando como periodista que quiere vender su trabajo al público, o como persona honesta, en privado? —se alarmó Goldman, mirándole muy fijo.

—Sólo conozco una persona en mí: Frank Corman. Bueno o malo, soy yo mismo. Y voy a hacer lo que creo que es justo. En ese proceso, solamente se discute si Monroe es un hombre mentalmente sano, o un loco peligroso. En ningún momento se ha debatido la cuestión de su inocencia, porque él mismo cerró la posibilidad a ello. Imaginemos que ha habido un tremendo error de principio, al aceptar como válida su insistencia en ser culpable. Imaginemos que es la clase de persona que dicen, un simple hombrecillo que ansia la fama a cualquier precio, incluso al de su propia vida. ¿Por qué no puede ser inocente?

—Porque, según el capitán Johnstone, amigo mío, Millard Monroe estuvo en casa de Carol Simpson cuando fue acuchillada ferozmente

con unas tijeras de sastre, hasta dejarla en la piscina, hecha una piltrafa, con el agua enrojecida horriblemente. Porque fue visto y fotografiado allí cerca..., y porque el arma homicida estaba en su trastienda, llena de sangre, lo mismo que su pantalón y la manga de su chaqueta mostraban huellas de sangre al ser examinados. ¿Quieres más, Frank, para que se pruebe la culpabilidad de ese hombre?

—No, jefe —negó Corman, rotundo—. Lo que quiero, es saber «por qué» mató a esas muchachas, y por qué en los tres crímenes anteriores nadie le descubrió, haciéndolo solamente en el último, donde demostró una torpeza rayana en la estupidez.

—Quizá más que un loco sea un estúpido, Frank —opinó Jessica, volviéndose lentamente hacia él.

—Quizá. Pero demostró astucia y cautela en los tres crímenes anteriores. ¿Por qué sólo en el cuarto echó por tierra esas precauciones? ¿Qué eslabón puede unir entre sí a personas como Rhonda Craig, una modelo fotográfica, Jean Prentiss, una bibliotecaria, Daisy Lark, una cantante de *burlesque*, especialista en quitarse ropa de encima, y Carol Simpson, una universitaria dedicada al deporte?

—Las cuatro eran jóvenes y atractivas, Frank —le recordó Jessica—. Desgraciadamente, abundan los psicópatas en nuestro tiempo. Sobre todo, los que atacan a mujeres hermosas.

—No hubo violación en ningún caso —reflexionó Corman, ceñudo.

—Existen diversas clases de maníacos. No todos caen en el ultraje. Los hay que sólo buscan la aniquilación de su víctima —opinó a su vez Goldman.

—De todos modos, voy a hacer una serie de visitas este fin de semana...

—¿Visitas? ¿Adónde, Corman?

—A Bronx, a Staten Island, y también a la calle Catorce Oeste, donde Monroe tenía su pequeña y oscura sastrería...

CAPÍTULO VII

El *bungalow* aparecía cerrado y desierto ahora. Precintos policiales clausuraban el acceso de la verja, y las puertas y ventanas de la casa.

Los ojos de Frank Corman se clavaron en el suelo, allí donde ahora se ajustaba la puerta de barrotes de hierro. Aún era visible la borrosa huella de una tiza, silueteando un cuerpo de mujer. Allí se encontró sin vida el cuerpo de Rhonda Craig, la primera víctima. La cabeza y el torso en la acera, el resto del cuerpo y las piernas dentro del sendero de gravilla del jardín. Perseguida sin duda por el maníaco, allí recibió las cuchilladas mortíferas en el hígado, abdomen y corazón, antes de caer y ser acribillada a tijeretazos en el suelo, con feroz ensañamiento.

Frank Corman se puso de rodillas, examinando el negro asfalto. Alzó los ojos, mirando en torno. Había otros *bungalows* en aquella zona sombría de Bronx, pero de cualquier modo, el lugar era poco animado. A alguna distancia, brillaban las luces de la estación de servicio, con un luminoso de la Gulf.

Estudió el oscuro edificio. La posición del cadáver hacía pensar en una fuga alocada hacia el exterior.

Una fuga «desde» la casa. Cruzó el jardín, perseguida, fue alcanzada, acuchillada... y cayó.

Trató de imaginarse a una mujer como la alta, escultural y sinuosa Rhonda Craig, recibiendo en su casa, de noche, a un hombrecillo como Millard Monroe, envuelto en un impermeable y llevando unas enormes tijeras de cortar trajes, entre papeles de periódicos.

La escena era un puro absurdo. Ella nunca admitiría en su casa a semejante tipo. Ni siquiera le abriría la puerta quitando la cadena del seguro. Por tanto, no había peligro posible. Y, sin embargo...

Sin embargo, la habían asesinado. Millard Monroe fue el culpable, a juzgar por las evidencias.

Monroe no medía mucho más de cinco pies y medio, contra los casi seis de la víctima[1]. Ella era esbelta y ágil. ¿No pudo ir más lejos, escapando de un tipo como su agresor? ¿O el miedo la pudo

agarrotar hasta ese extremo?

«Eso tiene cada vez menos sentido», masculló Corman, pensativo. Se incorporó finalmente, y echó a andar hacia la gasolinera inmediata. Se detuvo allí. Recordaba bien al hombre rechoncho, de uniforme azul oscuro, que declarase en el proceso, identificando al sastre como el hombre de impermeable oscuro y unos papeles de diario envolviendo lo que él, con gran seguridad, afirmaba que eran unas tijeras grandes, de las que utilizaría un sastre para cortar tejidos. Estaba terminando de poner gasolina a un largo y espectacular «Cadillac». Esperó.

Luego, se aproximó al hombre, con paso lento. Éste le miró, perplejo.

Frank Corman llevaba bajo el brazo un envoltorio en papeles de periódico, plano y alargado. La noche era calurosa y no podía lucir un impermeable, pero su traje era oscuro, color gris plomo. Se detuvo a menos de una yarda de él.

—Buenas noches, amigo —saludó.

—Buenas noches, señor —le miró. Luego, escudriñó en tomo—. ¿Ocurre algo con su coche, tal vez?

—No, no le pasa nada —rechazó Corman, sonriente. Hundió las manos en los bolsillos, haciendo crujir el envoltorio de papel de periódico que llevaba bajo su brazo. Es aquel que aparqué allí, ¿lo ve? El que está junto a la valla, el de color guinda oscuro.

Miró el hombre del uniforme azul, y asintió. El coche de Frank estaba, efectivamente, allí. Pero nunca había sido color guinda, sino verde oscuro, tono de hierba.

—Oh, ya veo —asintió. Volvió a mirarle—. ¿Quiere algo de recambio, quizá?

—Sí —asintió Frank, risueño—. Deme un pequeño extintor para incendios. El que llevaba no funciona bien, y eso me preocupa. Lo llevo aquí, en estos papeles.

E hizo crujir de nuevo el envoltorio, que el otro miró, indiferente. Otro empleado, alto y caballuno, se había acercado, solícito. El primer empleado le indicó:

—Sírvale un extintor de coche a este señor. Lleva estropeado el suyo...

—Sí, enseguida —el hombre se alejó, volviendo con un pequeño extintor para incendios, propio de un automóvil. Se lo entregó a

Corman, que buscó dinero para pagar, mientras hablaba volublemente.

—Ya le he dicho a su compañero que llevo aquí el extintor averiado, para reclamar a la casa que lo ha expendido. Cada vez se cuidan menos las cosas. No sé adónde vamos a llegar...

—¿Extintor? —El otro pestañeó, señalando el envoltorio—. ¿Ahí señor? Tal vez se equivoque. No tiene la forma de un verdadero extintor...

—¿No? —Inocentemente, Corman soltó el envoltorio que cayó al suelo. Se abrieron los papeles, y una larga, ancha, poderosa tijera de acero propia de un sastre, cayó a los pies de ambos empleados de la gasolinera—. Cielos, cuánto lo siento. Me equivoqué, seguro... Ya ve, ni siquiera me di cuenta. Ni su compañero tampoco. Claro que debe ser algo corto de vista... No se fijó en que mi coche es verde y no color guinda...

Rió, burlón, ante la sorpresa del segundo empleado y el desconcierto del primero, que había palidecido ostensiblemente, recogió sus grandes tijeras, pagó, y se alejó hacia su automóvil.

«Acabo de destrozar a un testigo». —Se dijo, ceñudo, camino de su automóvil—. Pero ¿será eso suficiente?

Cuando se alejó de allí, en la oscura noche, acaso no tan oscura como una de lluvia en la que el empleado de la gasolinera mostrara tan buena vista —todo lo contrario de ahora—, la mente de Frank Corman era un torbellino de confusión.

* * *

También la casa de Carol Simpson estaba cerrada herméticamente. En la piscina, más allá de la verja, la suciedad se estancaba en la superficie de las turbias aguas. El jardín y las baldosas en torno a la pileta de agua, aparecían descuidados, cubiertos de polvo. La casa, era una residencia de dos plantas, totalmente cerrada.

Miró Frank alrededor. No circulaba nadie por el paraje en esos momentos. La hora del sábado por la tarde, era propicia. Se había nublado, como si nuevamente fuese a llover sobre la ciudad, igual que el día en que mataron a Rhonda Craig en Bronx. Esto era Staten Island, al lado opuesto de allí. El verano era cálido y bochornoso. El aire olía a sulfuro. Las luces, salpicaban de trecho en trecho la

alameda arbolada, cercana al río. Todo era propicio.

Salvó la verja. Cayó suave, blandamente, sobre la tierra húmeda y descuidada de unos parterres con césped y arbustos. Caminó hasta la piscina que un día enrojeciera la sangre de una muchacha brutalmente acuchillada en ella. Aún se veían oscuras gotas y regueros como de óxido, en el borde de la piscina y en las baldosas de alrededor. Huellas de una noche sangrienta y terrible.

Huellas del último crimen del Loco de las Tijeras...

Frank Corman se decidió a rodear la piscina, imaginándose la escena. Carol Simpson, la joven y vigorosa universitaria, ejercitando en su piscina iluminada... Era una muchacha de buena posición económica, al parecer.

De repente, un intruso, un ataque, unos gritos desgarradores...

¿Trató de huir ella hacia el centro de las aguas? ¿Pudo perseguirla hasta allá su asesino?

No parecía probable. Las ropas de Monroe estaban manchadas de sangre cuando le sorprendió la policía. Pero no estaban mojadas de agua de la piscina. Cosa rara. De modo que, según todos los indicios, la joven Carol debió abandonar la piscina para ir al encuentro del intruso provisto de las grandes tijeras. ¿Qué persona, en su estado normal, haría tal cosa, en vez de buscar protección en el fondo de las aguas, que era su mejor elemento, a la espera de una ayuda exterior que, a sus gritos, terminaría por llegar?

Otra vez el absurdo surgía como factor discordante en el caso. Detalles que la policía, el fiscal y el abogado mismo no habían considerado. ¿Para qué, si el sastre tenía manchas de sangre en sus ropas, esa sangre resultó ser del mismo grupo que la de Carol Simpson, y las tijeras ensangrentadas estaban en su casa?

Mancharse de sangre, sin embargo, no significa necesariamente haber matado, sino «estar», por alguna razón, en la escena del crimen, incluso «después» de cometido éste. Unas tijeras ensangrentadas se pueden dejar por parte de otra persona, si ésta tiene interés en acumular pruebas sobre determinada persona. Pero para elegir al culpable idóneo, capaz de admitirlo todo sin rechistar, como Millard Monroe, hace falta antes conocerlo bien, y saber cómo reaccionará al ser acusado. Esas cosas no suceden por simple casualidad.

¿Acaso Carol Simpson conocía a su asesino y en vez de huir de él

salió de la piscina para atenderle, siendo entonces acuchillada de modo salvaje?

Volvió a ofrecerse el mismo raro matiz del primer crimen. Una mujer alta y ágil, que podía utilizar sus largas piernas para intentar una fuga quizá con éxito, recorría apenas veinte yardas, para caer en la misma puerta de su jardín, alcanzada por un asesino que, si era Monroe, era más bajo y corto de piernas que ella.

De repente, Corman se detuvo. Se inclinó, contemplando algo que yacía entre los arbustos, no lejos de la piscina, y justo por el lado donde se veían las nutridas huellas de sangre oscurecida.

Sus dedos tomaron con cuidado un objeto cilíndrico, no mayor que un pequeño proyectil de pistola de poco calibre. Tenía dos colores: mitad gris, mitad verde. De ahí que en el parterre hubiera resultado casi inapreciable durante el día. Ahora, la luz de la calle caía oblicuamente sobre él, entre los ramajes, haciéndolo destacar. Además, estaba cubierto de polvo.

Era una cápsula. Un medicamento. Actualmente, casi todas las cápsulas se presentaban así, envueltas en gelatina de dos colores, con el fármaco dentro, en forma de polvo o gránulo. Su nombre aparecía impreso muy diminuto. No se molestó en leerlo. Extrajo de su bolsillo una bolsita de plástico e introdujo en ella la cápsula medicinal. Tal vez no significaba nada. O tal vez sí.

Terminó de recorrer la zona de la piscina. No podía entrar en la casa. Estaba también precintada, como la de Rhonda Craig. Había una coincidencia en ambas: eran solitarias muchachas, luchando por la vida en la difícil urbe. No tenían familia.

Corman salvó la verja. Al pisar de nuevo la acera, una idea súbita le asaltó.

Ninguna de las dos víctimas, la primera y la última, tenía familia. ¿Y las otras dos?

«Tendré que investigar algo sobre Jean Prentiss y Daisy Lark», se dijo, caminando preocupado calle arriba, en busca de su automóvil.

* * *

—No —negó lentamente la enjuta y estirada señorita Vickers, de la Biblioteca Pública de la calle Veintitrés—. Jean no mencionó jamás a su familia. Si la tenía, no debía vivir en Nueva York siquiera. La

última Navidad, antes de que la pobre muchacha fuese víctima de ese horrible loco, pasó esas fiestas en compañía de una amiga, en Jersey City. Y, por lo visto, lo pasó muy divertida. ¡Lástima de muchacha! ¿Quién iba a decirle a ella, ni a ninguna de nosotras, que sería su última Navidad en el mundo?

Corman dejó que la señorita Vickers enjugase unas lágrimas de sus húmedos ojos emocionados, mientras contemplaba atentamente las grandes estanterías que llenaban los muros de volúmenes, en el sobrio ambiente de aquel clásico edificio del Nueva York de principios de siglo.

La luz de aquel domingo por la mañana, en que la biblioteca aparecía cerrada al público, pero con la inefable señorita Vickers como empleada de servicio, siempre dispuesta a atender un caso de máxima urgencia o interés oficial, entraba turbiamente por los vidrios emplomados de unos ventanales más dignos de una iglesia que de una biblioteca. Interiormente, Corman se preguntó qué diablos podía significar aquella elección arbitraria de víctimas, por parte del Loco de las Tijeras: una modelo, una bibliotecaria, una cantante, una universitaria deportista...

El sábado había pasado sin que llegase a llover, pero aquel domingo no parecía propicio a continuar la misma suerte. Se presentía el aguacero por momentos, pero el calor y el bochorno no cedían lo más mínimo.

Tras dejar transcurrir aquella pausa, Corman pasó de nuevo al ataque:

—Señorita Vickers, ¿sabe usted el nombre de esa amiga?

—No, no —negó la mujer de severas ropas grises—. Ella hablaba poco de sus propios asuntos personales, fuera de esta biblioteca. Era una muchacha muy reconcentrada. Pero eso sí, una gran chica. Decía a veces que nunca imaginó que terminase de bibliotecaria, puesto que llegó a Nueva York con muy diferentes ideas. Pero éste era su trabajo, y lo hacía con eficiencia. A veces hablaba por teléfono con amigas suyas. Recuerdo que últimamente, poco antes de ser asesinada..., algo debió afectarla mucho, porque andaba como distraída, y parecía ausente de su trabajo. Eso apenas si fue durante unos pocos días, las dos últimas semanas de su vida, tal vez.

—Entiendo —asintió Corman—. Bien, no la molestaré más, puesto

que en nada puede ayudarme. Mi oficina, que se ocupa de tramitar asuntos de esta índole por simple labor benéfica, para ayudar a las familias de personas que hayan sufrido una desgracia, creo que no podrá hacer gran cosa con estos datos...

—Pues de veras lo siento. Es todo lo que sé —manifestó la señorita Vickers, entrelazando sus manos y contemplándole a través de sus gafas ovaladas—. Bien quisiera ayudar a los parientes de la señorita Prentiss, si los había, pero... nunca supe nada de ellos.

Frank se encaminó a la salida. Abrió la puerta, ligeramente defraudado. En ese momento la señorita Vickers volvió a hablar a espaldas suyas, con voz repentinamente excitada:

—Ah, me olvidaba...

—¿Sí? —Se volvió Frank, esperanzado.

—Esa amiga de Jean... Ella me pidió un día que le telefonease por alguna razón que he olvidado. Soy muy metódica en mis cosas, señor Corman. Creo que tengo por aquí aquel número de teléfono... Ante la expectación de Corman, buscó en su agenda, que extrajo de un bolsillo de su gris uniforme. Hojeó con rapidez, en busca de algo. Luego, volvió a hablar:

—Ah, aquí está... Sí, justo aquí. No anoté su nombre. Creo que tampoco me lo dijo. Sólo tenía que marcar el número, mientras ella atendía a un cliente, para luego ocuparse ella de hablar con su amiga. Mire, señor Corman, es esto... MU 2 - 1263.

—Bien... Murray Hill, 2 - 1263... —asintió Frank—. Gracias, señorita Vickers. Es usted un ángel.

Y salió de la biblioteca, dejando encantada de su piropo a la muy severa señorita Vickers.

* * *

El timbre sonó repetidamente.

Nadie respondió a la llamada. Frank Corman colgó el teléfono. Volvió a descolgarlo poco después, e insistió en su llamada. Idéntico resultado. El teléfono no respondía en absoluto.

Aún hizo un tercer intento, igualmente en vano. Salió de la cabina pública, con expresión pensativa. Luego, tras una leve duda, volvió al interior. Ahora, marcó el número de la Redacción de *Sensation*. Pidió hablar directamente con el jefe.

La voz femenina, cálida y firme, sonó en el auricular:

—Lo siento, Frank. El viejo no está ahora. ¿Qué quieres en domingo? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Oh, Jessie, eres tú... No sé si podrás hacerlo, preciosa, pero te agradecería mucho que obtuvieras una información del servicio telefónico, apelando a todos los medios de persuasión de que seas capaz.

—Adelante. Dame los datos, y lo intentaré. Diré que es algo urgente, relacionado con un reportaje de actualidad. A veces, las chicas de la central, son bastante razonables, pero no siempre.

—Está bien. Es un número: Murray, 2 — 1263. No responde. Dime quién es su abonado, y si al morir Jean Prentiss lo tenía la misma persona a su nombre. Es todo.

—Eh, Frank, ¿es que estás haciendo ahora de detective privado de *Sensation*? —se rió ella, intrigada.

—Si lo supieras, dirías acaso que pierdo mi tiempo. Estoy intentando una verdadera locura, preciosa.

—¿Sigues empeñado en probar que Millard Monroe es inocente?

—Exacto. Y ya tengo dos factores favorables a mi teoría. Busca eso, y quizá tengamos el tercero.

—Lo haré, Frank. Así espero que puedas decir que soy un ángel.

—No, no esperes oír eso de mí —rió de buena gana Corman—. ¡Si supieras a la clase de damisela a quien he llamado así hace poco, desearías que te llamara cualquier cosa menos ángel!

Colgó, y abrió la puerta de la cabina pública.

En ese momento, restalló un trueno, allá entre los oscuros nubarrones, y comenzó a llover torrencialmente sobre Manhattan.

CAPÍTULO VIII

El local se llamaba Gay Cat. Un sonriente y feo gato en fluorescente, parpadeaba en su fachada, para justificar quizá el nombre.

Interiormente, era igual que todos los *burlesques* de tercera categoría de la ciudad. Luces escasas, una orquestina con bastantes miembros de color, música *hot* y juegos de focos policromos, en una pista semicircular, donde unas cuantas coristas exhibían sus escasos conocimientos artísticos y sus abundantes exuberancias físicas, muy del gusto del público.

Todo esto le tenía perfectamente sin cuidado a Frank Corman, que estaba de vuelta de tales alicientes para gente de la vida nocturna en la ciudad. Buscaba otra cosa. Y la encontró en el bar, donde le atendió un joven barman rubio, tras servirle un combinado de champaña.

—¿Daisy Lark, dice usted? —El joven afirmó con énfasis—. Pobre muchacha... A todos nos resultó muy doloroso lo que sucedió. Era una excelente compañera para todos. Y su vida no era tan degenerada como la de muchas colegas suyas... Sin embargo, ya ve usted. Ahora está muerta... y ese tipo, el maniático que la destrozó, tal vez llegue a salir libre de todas esas zarandajas de juicios y legalismos estúpidos.

—No creo que el culpable se libere de su responsabilidad —suspiró Corman, probando el excelente cóctel de champaña, fruías y licor—. De un modo u otro, se hará justicia, esté seguro.

—¿Qué es usted? —Le miró desconfiado—. ¿Policía?: ¿Abogado, o cosa parecida?

—Nada de eso —sonrió Corman—. Soy de una agencia benéfica encargada de ayudar a los parientes o familiares de personas que sufrieron la adversidad, como Daisy Lark, por ejemplo. Sus padres, hermanos o parientes, recibirán sin pérdida de tiempo nuestra ayuda moral y económica.

—¿Padres? ¿Hermanos o parientes? —El barman del Gay Cat, se encogió de hombros—. No he oído hablar nunca de ellos. Ni a Daisy, ni a sus compañeras. Creo que vivía sola en Nueva York.

Como máximo, con alguna compañera de su profesión, pero nada más.

—Entiendo —suspiró Corman, siguiendo su pequeño truco—. Pero quizá tuvo algún hijo. Hay chicas de su oficio que son madres sin tener esposos...

—No, no —rechazó vivamente el joven—. Daisy era buena muchacha. Vivía alegremente, porque era su modo de existir, su ambiente y su mundo. Pero nada de enredos feos. Se diferenciaba mucho de otras como ella, precisamente en eso. Yo conozco bien esta clase de vida, señor. Y me admiraba que Daisy fuese como era. Hubiera merecido ser algo mejor...

—Tal vez universitaria —sugirió Corman—. ¿Era culta?

—No era tonta ni ignorante. Pero no creo que llegase a tanto, la verdad.

—Bueno, eso era todo —apuró su copa de combinado espumoso, color anaranjado—. Si no hay familia aquí, tal vez sus amistades me hubieran podido orientar. ¿Conoce a alguien que fuese amigo de ella?

—Pues yo creo que... —Repentinamente, el barman rubio se quedó callado, y miró a espaldas de Corman con alarma. Se encogió, apresurándose a negar—. No, creo que no sé nada de todo eso, señor...

Frank se volvió en el acto, bien alerta. Se encontró con un rostro conocido.

—Buenas noches, Corman —le saludó el otro—. ¿De diversión nocturna tal vez?

—Tal vez —se encogió de hombros Frank. Miró al hombre que le hablaba. Y luego, al barman, que se había apresurado a alejarse de él—. ¿Qué le hizo? ¿Asustarle, capitán?

Harry Johnstone, oficial de la División de Homicidios, se encogió de hombros. Meneó la cabeza, con cara de pocos amigos. Se acercó un poco más a Frank.

—Soy yo quien debería hacer preguntas, Corman. ¿Qué anda usted haciendo por aquí?

¿Curiosear sobre las muchachas muertas?

—Pudiera ser —convino Corman, secamente.

—Ha estado también en otros sitios, ¿verdad? —entornó Johnstone sus ojos.

—Parece que está usted muy bien informado, aun sin mis respuestas, capitán.

—Cobro para eso. Pero usted no cobra para meter sus narices en asuntos de la policía, sino en los problemas de su trabajo periodístico.

—Todo ello es una misma cosa. Cuatro chicas muertas son ahora noticia periodística de primera fila.

—Mire, Corman. Usted no citó mi nombre en su crónica, pero hizo de ella un arma tremenda para dar un vuelco al proceso y armar un buen escándalo en la corte. ¿Qué otra cosa está buscando?

—La verdad, capitán.

—Ya. ¿Y cuál es la verdad para usted? ¿Esa basura que ha publicado últimamente, poniendo en duda nuestro propio prestigio, burlándose de la policía y de la justicia, y dando a entender que todos somos imbéciles congénitos, y no vemos más allá de nuestras narices? ¡Decir que Monroe es inocente! Oh, Corman, yo me avergonzaría de ser un profesional tan vil como puede serlo un periodista capaz de afirmar tal cosa.

—Yo no afirmo, capitán. Pregunto, simplemente. Y espero una respuesta.

—No, no la espera. La busca. ¿Qué es lo que va a encontrar, según usted?

—Un asesino, capitán. Quizá solamente eso.

—¿Se ha vuelto loco? El único asesino está en la corte, día tras día. Mañana podrá volver a verlo, sentado en el banquillo de los acusados. ¿Sabe cómo está con usted el fiscal? Dice que no parará hasta pulverizar su publicación y a usted con ella. Y no espere que esa basura llegue esta vez a manos de nadie en el juicio. Se va a vigilar cuidadosamente tal cuestión. El jurado no tiene por qué verse mediatizado por sucia literatura periodística que pretende hacer de este asunto un folletín por entregas.

—¿No tiene más que reprocharme, capitán? —sonrió Corman, irónico.

—No, nada más. Pero ande con cuidado, muchacho. Creo que no tendré más remedio que portarme duramente con usted, si vuelvo a cruzarme en sus pesquisas ridículas. Ya ha estado en la biblioteca donde trabajó Jean Prentiss, en el surtidor de gasolina próximo a la vivienda de Rhonda Craig, y en la vecindad del domicilio de Carol

Simpson, según deduzco por un testigo que vio a un hombre de su aspecto físico saltar la verja del jardín, ante la piscina...

—Muy bien informado, capitán —rió Corman—. Ya se lo dije antes.

—Más de lo que usted supone. ¿Qué diablos buscaba en el surtidor de gasolina, llevando consigo unas grandes tijeras como las del asesino? ¿Hacer creer que hay otro criminal suelto por ahí? Si intenta falsear pruebas, puede terminar con sus huesos en la cárcel, Corman.

—Por el contrario, capitán, nunca intenté falsear pruebas, sino desvirtuar las falsas y buscar las verdaderas.

—Más valdrá que sea así. De otro modo, tendrá problemas.

—Espero no tenerlos, pese a todo. Pero gracias por el consejo.

Pagó su consumición, y se encaminó a la salida del Gay Cat. No miró una sola vez a las opulentas danzarinas de la pista del *burlesque*, y se detuvo bajo los parpadeos fluorescentes del gran rótulo, como reflexionando sobre algo que le preocupase profundamente.

La lluvia torrencial de horas antes, había cedido casi totalmente, y el asfalto negro, lustroso y espejeante, reflejó su figura en un charco. Gotas de agua golpearon sus cabellos y su liviano impermeable oscuro.

Luego, caminó hacia una cabina telefónica, en la que entró, marcando el número de la Redacción. Pidió por Jessica, y le dijeron que no estaba ya en las oficinas, pero que había dejado para él un breve mensaje.

—Bien —aceptó Corman, sintiendo palpar con cierta fuerza su corazón—. Adelante.

¿Qué dice ese mensaje?

—Es sobre un teléfono, Murray 2 – 1263.

—Sí, sí. Le pedí el nombre de su abonado actual. Y del anterior, si hubo otro...

—Sólo figura un nombre, con la indicación de que era el abonado desde hace más de dos años.

—Eso responde a mi pregunta. ¿El nombre del abonado? —Era una mujer: Daisy Lark...

—Daisy Lark... La corista del Gay Cat. La tercera víctima del Loco de las Tijeras...

Frank Corman anotó este último detalle en su agenda. Examinó luego todo lo escrito. Iba por riguroso turno. Primero, Rhonda Craig. Después, Jean Prentiss, Daisy Lark, Carol Simpson...

Le añadió algo más, con rápida letra:

«Cerca de la piscina de Carol Simpson, hallada cápsula de gelatina, color gris y verde, de nombre Veromina. Según informe farmacéutico, la Veromina es un medicamento poco usual, bajo rigurosa prescripción médica, para personas que padezcan fuertes dolores de cabeza y agudas jaquecas. También se utiliza como tratamiento para ciertas dolencias de tipo psíquico».

Cerró la agenda, y respiró hondo. Luego, se echó atrás en su asiento. Miró la hora. Eran ya las doce y cuarenta minutos de la madrugada del domingo al lunes. A las diez de aquella misma mañana, se iniciaría el proceso Monroe.

Con un suspiro, tomó el teléfono de encima de su mesa. Marcó un número y pidió:

—Quiero hablar con el abogado Lewis Treadwell. Es muy urgente. Sí, ahora mismo. De parte de Frank Corman, reportero del *Sensation*. Bien. Esperaré su llamada. Tome nota de mi número privado...

Se lo dio al telefonista de la residencia donde vivía Treadwell. Colgó luego, y se dispuso a mecanografiar su siguiente artículo en *Sensation*, mientras esperaba la llamada del letrado.

Su titular fue lo primero en aparecer con letras mayúsculas, que al siguiente día serían infinitamente más grandes y espectaculares, en la primera plana del número especial, suplemento de su semanario:

«Indicios de que Monroe puede ser inocente. Un falso testimonio y una teoría audaz. ¿Sigue libre el Loco de las Tijeras?».

Los esfuerzos de la policía y de los funcionarios del Palacio de Justicia, habían sido completamente inútiles.

Muchos ejemplares de *Sensation* fueron incautados. Pero alguno salvó la barrera infranqueable. El juez Barrett examinó, airado, un ejemplar del mismo, antes de dar nuevas órdenes respecto a las medidas a tomar para impedir que el jurado viese un solo número del mismo.

Se hizo una nueva requisita dentro del recinto, dando orden tajante de expulsión del público, en su totalidad, si un solo número de la publicación era conservado allí dentro. Todo eso, antes de constituirse la presidencia, el jurado, y aparecer el reo con sus inseparables guardianes.

Unos cuantos números más fueron entregados, y el incidente se zanjó definitivamente. Pero algún malintencionado había hecho llegar hasta el corredor que comunicaba la sala de reunión del jurado con la sala de juicio, un par de portadas de la famosa revista: la anterior y la de la última edición, con sus titulares y sus cubiertas significativas.

Los jurados no pudieron evitar una mirada de sorpresa a los dos ejemplares incompletos. Kirk Edwards, el fotógrafo, y el viejo y sordo caballero Jason Bridges, se inclinaron a recogerlas. La voz seca de su portavoz, Glenn Harriman, les detuvo:

—¡Quietos! No toquen eso. Alguien pretende influenciarnos, y eso significaría volver a empezar, señores.

Será mejor que no kan esa publicación. Lo que hayamos de escuchar y ver, ya surgirá por sí solo en la sala de juicio. Adelante, por favor. Un policía recogió los ejemplares, y el jurado siguió hacia su estrado, que ocupó en silencio. Edwards abrió su gran bloc para comenzar a dibujar al carboncillo, los rápidos apuntes de ambiente. Cornell Lance mascaba chicle, y Néstor Carrizo, el puertorriqueño, mostraba su habitual desdén por todo aquello. Empezaron a ocuparse el banquillo del acusado, la mesa de la acusación, la de los taquígrafos, y finalmente apareció el juez, levantándose todos al unísono.

Acomodado el magistrado, todo volvió a la normalidad. Se inició la sesión.

—Con la venia de Su Señoría —habló rápidamente el defensor, poniéndose en pie—. Deseo presentar una enmienda a mi actual defensa del acusado Millard Monroe.

—¿Una enmienda? —Frunció el ceño el juez—. Espero, señor Treadwell, que no esté en desacuerdo con lo anteriormente previsto en la última sesión del viernes...

—Por el contrario, Señoría. No tiende sino a reforzar lo que aquí se resolvió en la última sesión.

—Si su petición va a ser de solicitar una defensa nueva, basada en la presunta inocencia de su defendido, señor Treadwell, no podré oponerme —habló rápido e irónico el fiscal—. Pero eso implicará la anulación de los tres asesinatos restantes como materia a discutir aquí, desde este momento, limitándonos al caso de Rhonda Craig.

—No, señor fiscal —rechazó inesperadamente el abogado, ante la sorpresa del público, que esperaba esa solicitud, tras leer las últimas informaciones publicadas por *Sensation*—. Lo que pretendo es iniciar mi defensa sobre esa base, pero volviendo a la primera víctima, y reclamando la presencia en el banquillo de testigos del primer crimen de la acusación, al empleado de la gasolinera de Bronx, James Gordon. Creo tener derecho a solicitar su interrogatorio ahora, puesto que no lo hice anteriormente.

—¡Protesto, Señoría! —saltó vivamente Tryon, con desconcierto evidente—. No es correcto que el abogado defensor trate ahora de utilizar su privilegio, anteriormente despreciado.

—Señor Tryon, teniendo en cuenta que desde hoy enfocamos el asunto en su totalidad, englobando los cuatro asesinatos como un todo indivisible en su realización, creo que el señor abogado defensor está en su derecho de utilizar su privilegio, antes rechazado. Por favor, señor Treadwell, adelante con ese testigo. Quizá sea mejor empezar las cosas desde su propio principio... y el principio fue justamente la muerte de Rhonda Craig.

Se requirió a James Gordon al banquillo de testigos. Un leve murmullo de expectación fue cortado en seco por el mazo del juez Barrett.

El empleado de la gasolinera se acomodó en el banquillo. Pero era solamente el principio de una revolucionaria acción ofensiva del letrado defensor. Porque luego, siguió otro empleado de la gasolinera, y finalmente el reportero Frank Corman, del *Sensation*,

en medio de un revuelo sorprendente y de las protestas airadas del fiscal Tryon. El juez logró difícilmente poner orden en el barullo, y su amenaza de desalojar la sala surtió efecto.

Frank Corman subió al estrado de testigos, pese a todas las protestas del fiscal, cuando el abogado defensor afirmó que él había sido el hombre que llegó a la gasolinera de Bronx, demostrando obviamente el fallo visual del empleado, tanto en su envoltorio de las tijeras como en el color de su automóvil, aparcado bajo una cercana luz.

Las risas del público se cortaron a golpe de mazo. Y, finalmente, Treadwell pudo hacer sus preguntas a Corman, incisivas y breves:

—Señor Corman, ¿admite haber sido usted el que puso a prueba la visión del testigo James Gordon, presentándose con unas grandes tijeras en un envoltorio de papel, envoltorio que confundió el testigo con un extintor de incendios para coches?

—Sí, señor.

Nuevas risas saltaron en la sala, cortadas con energía por el juez. Treadwell siguió el plan previsto:

—¿El segundo empleado de la gasolinera fue realmente testigo del hecho?

—Tal y como él acaba de afirmar aquí —convino Corman, sereno.

—Muy bien. Dígame qué más hizo usted en estos días pasados; en relación con los asesinatos que aquí se examinan.

—¡Protesto! —replicó vivamente Tryon—. ¡El testigo solamente ha sido llamado en relación con la muerte de Rhonda Craig!

—Señoría, pretendo demostrar que el testigo, Frank Corman, en el cumplimiento de su misión informativa, ha ido más lejos de ese caso aislado, tratando de enlazar el mosaico que forman los cuatro asesinatos, e incluso intentando relacionar entre sí a esas personas que hasta el momento creíamos sin otro nexo entre sí que su juventud, su belleza, y el haber sido elegidas como víctimas por el llamado Loco de las Tijeras.

—Señor Treadwell, le permitiré seguir con su testigo, siempre que su intervención en el asunto no se limite a meras especulaciones personales, de cara a la galería o a su simple labor de periodista —avisó severamente el juez.

—Tiene mi palabra, Señoría, de que el caso es tal como usted ha indicado.

—Bien. Entonces..., adelante.

—Gracias. —Treadwell inclinó la cabeza con aire entre triunfante e irónico, dirigiendo una mirada de soslayo hacia el fiscal Tryon—. Bien, señor Corman. Prosiga. ¿Qué hizo posteriormente a lo probado respecto al testigo que creyera identificar a Millard Monroe como al hombre que viera aquella noche, y de cuya seguridad en el testimonio tanto cabe dudar ahora?

—Fui a casa de Carol Simpson, en Coney Island.

—¿Qué hizo allí?

—Estudiar el lugar del segundo crimen. Igual que en el primero, observé un raro detalle. —Cítelo, por favor.

Corman lo hizo, aludiendo a lo raro de ambos crímenes, si realmente las dos mujeres habían visto a su desconocido asesino armado, y si éste fue Monroe, como parecía.

—¡Protesto! —insistió Tryon, congestionado—. El testigo no puede sacar conclusiones personales. Y de hacerlo, no deben constar en el sumario.

—Me limito a exponer los hechos crudamente —observó Corman—. ¿Qué otra cosa se puede deducir por lo observado?

—Sus deducciones deberá guardarlas para sí, señor Corman —avisó fríamente el juez—. Y limitarse a exponer hechos concretos. Siga, señor Treadwell, con su testigo.

—Señor Corman: ¿halló algo en el lugar del último crimen?

—Sí —afirmó Corman—. Entre los arbustos cercanos a la piscina.

—¿Qué fue ello?

—Algo que, tal vez por su color, pasó desapercibido a la policía. Un medicamento de color gris y verde oscuro. Una luz le daba de lleno durante la noche, y por eso era visible. Era una cápsula de gelatina plástica, llamada Veromina.

—Bien, señor Corman. No le pregunto qué es la Veromina. Un testigo especializado en Farmacia, nos lo dirá más tarde. Pero usted lo halló allí, y lo entregó. También contamos con la voz de un experto de los propios laboratorios químicos donde se confecciona la Veromina. Él nos dirá el tiempo que podía llevar a la intemperie esa cápsula, juzgando por su estado y por el polvo acumulado encima.

—Señoría, juzgo innecesarias esas divagaciones, si la defensa llamará posteriormente a un testigo para informarnos técnicamente

—replicó. Tryon, sarcástico. —Además, no veo adónde nos conducen todas estas divagaciones de la defensa... —Luego lo demostraré, señores— sonrió Treadwell. —Señor Corman, ¿terminó ahí su labor investigadora?

—No —negó Frank—. Pasé al caso Jean Prentiss.

—Jean Prentiss, bibliotecaria. Prosiga. ¿Qué averiguó sobre ella?

—Que llegó a Nueva York con la idea de dedicarse a algo muy distinto. Y que luego se hizo bibliotecaria. Pero sostenía amistad con alguien, ya que, como las demás muchachas víctimas del Loco de las Tijeras, carecía en absoluto de familia, al menos en Nueva York.

—Bien. ¿Con quién sostenía esa amistad?

—Con una joven que residió en Jersey City un tiempo, pero que tenía un apartamento en la ciudad de Nueva York, concretamente en Murray Hill, con el número de teléfono Murray 2 – 1263. Llamó a esa joven en ocasiones, y pasó con ella su última Navidad. Tal como afirma su compañera de labor en la biblioteca, señorita Vickers.

—Continúe. ¿Qué más supo de ella?

—Que, precisamente Daisy Lark, cantante del *burlesque* Gay Cat, y víctima tercera del asesino de las tijeras... era esa amiga suya del teléfono MU 2 – 1263...

Esta vez el murmullo resultó impresionante, y le costó al juez Barrett más de cuatro o cinco mazazos. Una nueva orden de desalojo, frenó los ímpetus del público.

—Bien, señor juez —habló con tono triunfal Treadwell—. Ha empezado a demostrarse que había alguna relación, cuando menos, entre dos de las víctimas del cuádruple asesinato. ¿Por qué no haberla, pues, entre «todas» ellas? Tenemos un testimonio del Gay Cat que corrobora la teoría, puesto que Daisy Lark estuvo muy abatida unos días, justamente desde que murió Jean Prentiss.

—Eso sólo prueba que dos de las chicas se conocían.

En modo alguno aclara nada más —protestó el fiscal—. Todo lo demás, son simples suposiciones, sin el menor fundamento.

—Por el momento, acepto el criterio de la acusación —repuso tranquilo Treadwell—. Pero lo cierto es que algo hemos probado ya. Y esto, es sólo el principio, Señoría. Ahora, pediremos la presencia en el estrado de los testigos, del doctor Warren, médico habitual del

acubado, Millard Monroe. Gracias, señor Corman. Es todo por mi parte. Su turno.

Y se inclinó, cortés, ante el fiscal.

Tryon miró agresivo a Corman. Se encogió de hombros, y luego negó rotundo.

—Por el momento, no tengo nada que preguntarle, Pero ¿qué significa su nuevo testigo, señor letrado de la defensa? El doctor Warren es solamente un médico de cabecera, no un especialista.

—Por supuesto. Pero vamos a hacerle unas preguntas sobre su paciente, Millard Monroe, si el señor juez lo permite.

—¿Esas preguntas tienen algo que ver con el caso? —dudó el magistrado.

—Tienen algo que ver con una prueba del caso, en la actualidad —afirmó Treadwell.

—Bien. Prosiga, entonces.

Y Lewis Treadwell se apresuró a llamar al doctor John R. Warren.

CAPÍTULO IX

IMPRESIONES DE UN JURADO (III)

Lo imaginaba.

Ese hombre, el doctor Warren... Ha afirmado categóricamente que Millard Monroe jamás sufrió dolores de cabeza ni tuvo que recetarle Veromina o cualquier otro fármaco parecido. Luego, el experto de los laboratorios ha asegurado que la Veromina es para casos de agudos dolores, a veces casi enloquecedores, y muy raramente recetada por los médicos.

No acaba ahí la cosa. Otro experto de los laboratorios convino en que la cápsula pudo muy bien caer la noche del asesinato de Carol Simpson, y que su estado actual responde casi exactamente al que ofrecería estando desde entonces donde fue hallada. Otro experto, éste de la policía, ha negado que ese periodista entrometido, Frank Corman, lo hubiera podido recoger de cualquier otro lugar, o depositarlo allí intencionadamente, puesto que la gelatina envolvente dejó unas manchas de su colorante en la tierra del parterre, fáciles de analizar y dictaminar una larga permanencia a la intemperie del fármaco.

Fue un maldito error sacar las cápsulas cuando había matado a Carol Simpson, y su cadáver destrozado flotaba en la piscina ensangrentada. Un error que pudo costarme caro. Ese medicamento del diablo... ¿Por qué acepté la receta de un fármaco tan poco habitual? Hubiese podido tomar simples aspirinas.

Pero me duele tanto la cabeza muchas veces...

Claro que son necios todos ellos. Yo no soy mi psicópata, ni los dolores me enloquecen.

Estoy normal. Perfectamente normal. Pero ese medicamento...

Y, sobre todo, ese periodista...

El maldito parece sospechar algo, ver algo raro. Ha sugerido la inocencia de Monroe. Es el primero que lo ha hecho. Ahora imagino lo que intentará: probar que Monroe es un hambriento de popularidad, un frustrado que desea salir de su mediocridad. Si lo

logra, todo eso se tambaleará. Claro que nadie va a sospechar precisamente de un jurado, pero... ¿por qué diablos tuvo que buscar una relación entre esas cuatro mujeres?

Ya ha encontrado un eslabón, el que une a Daisy Lark y Jean Prentiss. Puede que todo se quede ahí, pero ¿y si no es así? ¿Y si continúa adelante, en busca de los demás eslabones?

Sería terrible que hallara el *último* eslabón. Entonces sí sabría que soy yo...

Ese Corman estaría mejor muerto. Pero ni siquiera puedo matarle. ¿Por qué acepté ser jurado? Ahora no puedo hacer nada. No puedo moverme. Estoy cautivo de mi propia trampa. No puedo salir de la habitación del hotel, no puedo abandonar la sala de juicios o la habitación destinada al jurado, donde se deliberará tras el término de este proceso.

El término...

Cielos, antes me parecía todo tan fácil, tan cercano...

Ahora lo veo más difícil, más turbio. Ahora me pregunto cuándo va a terminar esto, si se desmenuza cada personalidad, cada hecho. Y de todo tiene la culpa el maldito Corman...

Ahora ha mirado hacia acá. Hace sólo un momento. Sus ojos también se han fijado en mí, por supuesto. Y en otros miembros del jurado. Pero no parece revelar la menor sospecha. No, eso no. ¿Cómo iba a imaginar que el auténtico asesino está aquí, asistiendo día tras día, en un lugar de privilegio? Ni siquiera él, el sucio entrometido, puede llevar tan lejos su imaginación.

He oído algo de que buscarán a todas las personas de esta ciudad a quien haya sido recetada ese medicamento, la «Veromina». Pero sé que eso es difícil. Por raro que sea un medicamento, habrán de buscar y buscar... Y a mí me lo recetó ese especialista, que ni siquiera reside en Nueva York. Tal vez no se entere nunca. En cuanto pase el furor de todo esto, no volverán a acordarse de la «Veromina».

Oh, cielos, no debo pensar tanto. Y me duele la cabeza. Me duele mucho... Pero ¿quién es ahora capaz de ingerir una sola cápsula de ese medicamento?

Siento que me arde el bolsillo. Ahí dentro está mi frasco de cápsulas... Si intentara tomar una sola se ría mi ruina. Mis propios compañeros me verían... y sabrían qué es lo que tomo. La más leve

sospecha sobre mi persona, sería el desastre total. No les costaría trabajo excesivo dar con el eslabón oculto.

Mis compañeros...

Ése es otro peligro. En cuanto vean una cápsula gris y verde sabrán lo que es. Se ha hablado demasiado aquí sobre ello, ¡maldito sea ese periodista del diablo!

Tengo que deshacerme de las cápsulas, de la caja de todo ello. Absolutamente de todo. No sé cómo hacerlo, para que nadie descubra cosa alguna. Mi cabeza seguirá doliéndome. Bien. Pediré aspirinas. Eso no puede hacer sospechar a nadie. Ya sé que no servirá de mucho, pero no puedo recurrir a mi medicamento. Ya no. Luego lo haré. Cuando acabe esta sesión agotadora de hoy. Estoy agobiado. Siento un sudor frío en todo mi cuerpo. Mi cabeza me estalla... Luego iré al lavabo con cualquier pretexto, me tomaré dos cápsulas... y tiraré las restantes. No puedo correr riesgos.

Podría decirse que es una simple casualidad, pero intuyo que ese periodista de ojos penetrantes querría estar seguro de ello. Investigaría. No ya la vida de ellas de las cuatro víctimas, sino *la mía*.

Y entonces, sí. Entonces hallaría el eslabón perdido. El que todos deben ignorar. La razón, la sagrada causa de mis crímenes...

No correré riesgos. Seguiré siendo la persona al margen de toda sospecha. Un simple miembro del jurado que debe decidir sobre Millard Monroe. Un jurado nunca fue un acusado de asesinato. Tampoco lo será esta vez. Ni siquiera con ese entrometido Corman husmeando por doquiera, yendo más lejos que la propia policía.

Ahora, parece que el juez va a dictar el fin de la sesión, hasta mañana. Sí, ya suena su voz. Ha sido agotador. Pero hay unas horas por medio para descansar, para relajar los nervios...

Y para deshacerse uno de ese medicamento delator.

Y espero que, también, para acabar con este horrible dolor que me agobia, que hace palpar rabiosamente mis sienes, que casi ciega mis ojos enrojecidos y fatigados.

—¿Le ocurre algo? —Acaba de preguntarme mi vecino en el estrado del jurado, con tono de preocupación.

—No, no, nada —trato de sonreír—. Es sólo este calor, este bochorno... y lo agotador de la sesión de hoy. Gracias, ya me encuentro mejor.

Parece convencido con esto. Espero que realmente lo esté.

El juez ha golpeado en el estrado, por fin. También él suda. Afuera, llueve. La humedad dentro de la cálida sala, es terrible.

Todo acabó por hoy. Corman se ha levantado. Algunos le felicitan. Parece que ese cerdo se ha empeñado en descubrir la verdad, en defender al acusado, en hallar el auténtico secreto de las muertes del supuesto Loco de las Tijeras.

Deberé tener cuidado. Mucho cuidado. He trastabillado al levantarme, por mirar a ese reportero endemoniado. No debo dar más pasos en falso. Y no me refiero precisamente a mi tropezón físico. No debo preocuparme demasiado, al menos en apariencia, por el periodista de *Sensation*. No sería inteligente por mi parte.

Ahora, sobre todo, es cuando debo ser tremendamente frío, cerebral, agudo, dueño de mí mismo y de mis nervios. Aunque mi cabeza reviente en los próximos días. Sea como sea, debo mantenerme firme, seguro, entero y sobrio.

Es mi vida la que está en juego. Mi propia vida... Un compañero me ha ayudado a recuperar el equilibrio. Me he quejado entre dientes de los escalones que conducen del estrado al corredor, y ha sonreído, aceptando esa causa. Ellos tampoco pueden sospechar. ¿Cómo imaginarse que, entre su grupo, está justamente el asesino?

Se cerró la puerta de la sala. Nos conducen ahora al hotel. Solicito ir al lavabo un momento. Se me autoriza, pero con un agente en la puerta, que cuidará de que yo esté aislado de cualquiera que pretenda influir en un jurado.

Ahora voy a tomarme dos cápsulas de «Veromina». Y a deshacerme de todo lo demás cuidadosamente, sin dejar huellas: cajita de cartón, frasco, algodón, cápsulas... Todo.

Sí. Debo admitir que me duela la cabeza. Debo aceptarlo como un gaje de este juego que yo mismo he planteado contra la ley y la justicia, seguro de vencer a ambas.

Venceré.

Cueste lo que cueste, venceré. A pesar, incluso, de Frank Corman.

CAPÍTULO X

Jessica Ward entregó a Frank las páginas mecanografiadas. Se sentó ante él, con un suspiro.

—Es todo cuanto pude reunir —dijo—. Materia sentimental toda. Pero quizá te sirva de algo, Frank. Personalmente, no veo cómo. Sin embargo, empiezo a ver que eres capaz de hacer milagros con cualquier dato aislado.

—Sí, debí nacer detective —gruñó Frank, tomando café para ahuyentar el sueño. Examinó las hojas escritas a máquina—. ¿Qué es todo esto, Jessie?

—Datos para mi página sentimental femenina. Ya te dije que las mujeres quieren ahora información morbosa. Enfoco el asunto a través de las cuatro chicas asesinadas, y me consta que hasta hay quien llora con el relato. Otras, se dedican a condenar a Monroe. Y algunas, hasta le defienden, considerándole una víctima de cosas tan absurdas como ¡la contaminación!

—¿Imaginas esa teoría en la sala? —rió de buena gana Corman—. ¡La polución atmosférica, responsable del desequilibrio de los asesinos! El fiscal Tryon iba a desmayarse, con toda seguridad.

Los dos jóvenes se echaron a reír de buen grado. La suave belleza rubia de Jessica, sus claros ojos pardos, revelaron por un momento un humor que últimamente había perdido, a causa del sombrío asunto a resolver.

Luego, tan bruscamente como surgiera, el ramalazo de buen humor se evaporó, y ambos colegas se contemplaron con gravedad. Corman estaba leyendo las páginas mecanografiadas. Eran de copia. Exactamente cuatro, de color calabaza.

—Eh, esto es una especie de biografía de cada una de las muchachas —señaló, sorprendido.

—Sí, en efecto. Es todo cuanto logré reunir sobre ellas.

—Un momento —golpeó las páginas escritas—. Aquí dice algo: dos de ellas llegaron en una misma fecha a Nueva York: en la primavera de hace tres años.

—Es cierto. Rhonda Craig y Carol Simpson, exactamente. Y ambas

pasaron momentos difíciles, por lo que se ve, Rhonda Craig trabajó en varios oficios. Carol, también. Pero ésta tuvo la suerte, en medio de la desgracia, de que un pariente muriera, dejándole una pequeña fortuna. Se situó, estudiando en una Universidad, y dedicándose a la natación, su deporte favorito. Quería terminar una carrera.

—Escucha esto —habló Corman, con cierta excitación—: «Rhonda Craig, alojándose con varias amigas suyas en un *bungalow* alquilado en común, inició su lucha por la conquista de la gran ciudad, al igual que sus compañeras, cada una por su lado. Fueron momentos difíciles y llenos de problemas...». Ahora, escucha esto, de la biografía de Carol Simpson: «Carol, la muchacha estudiante que ansiaba alcanzar la Universidad y el éxito en el deporte, tras llegar a Nueva York en la primavera de 1969, abandonó a las cuatro amigas con quienes compartía su alojamiento, y apenas había empezado a luchar por su futuro éxito en la ciudad, una adversidad familiar le trajo por curiosa paradoja la fortuna. Un pariente, al morir, la dejó heredera de sus bienes, y la joven Simpson pudo ver logrados sus sueños...».

Se detuvo Corman. Le brillaban excitadamente los ojos, cuando dejó sobre la mesa las hojas escritas. Inclínose hacia su compañera de trabajo.

—¿Y bien? —Enarcó las doradas cejas Jessica—. ¿Qué conclusión sacas de eso?

—Está claro. Los hechos coinciden. Creo que no sólo llegaron al mismo tiempo, sino que ambas formaban parte de ese grupo de muchachas en mutua convivencia.

—Sí, pudiera ser. ¿Eso significa algo?

—Si hay un eslabón que une a Carol Simpson y Rhonda Craig, y otro que enlaza a Jean Prentiss y a Daisy Lark... ¿por qué no existir un tercer eslabón que una a las cuatro entre sí?

—Espera, Frank. Imagino adónde vas a parar. Supones que las chicas que convivían en ese *bungalow*... eran ellas.

Corman afirmó con la cabeza.

—Sí —admitió—. Creo que podían serlo. No sería nada absurdo ni anormal.

—Olvidas algo, Frank.

—¿Qué?

—Ahí no habla de *cuatro* muchachas... sino de *cinco*.

—Es cierto —el gesto del reportero reveló desaliento—. Pero podían ser ellas cuatro, y una última ajena a este drama, alguien que ya no cuenta.

—O alguien a quien el asesino no llegó a tiempo de aniquilar como a las otras —sugirió de repente Jessica.

La mirada de Frank se clavó en ella, perpleja. Afirmó despacio:

—Sí —dijo, sombrío—. Podría ser eso. O tal vez...

—¿Qué?

—No, nada —hizo un vago gesto confuso, y entornó los ojos. Golpeó los papeles—. Jessie, quiero una copia de todo eso para mí. Y otra para el abogado defensor de Monroe.

—Eso es cosa hecha —sonrió Jessica—. En diez minutos lo tendrás. ¿Algo más, jefe?

—Algo más, sí —ahora fue él quien sonrió, irónico—. Jessie, te necesito.

—¿A mí? ¡Qué gran sorpresa! —Ella soltó una breve carcajada—. Frank, creí que no necesitabas absolutamente a nadie.

—Estás en un error. Necesito a todo el que pueda ayudarme. Y a ti muy especialmente.

Eres tina gran chica y una excelente periodista, Jessie.

—Todo ese jabón, ¿a qué conduce?

—Oh, eres insoportable cuando quieres burlarte de mí. Jessie, necesito datos sobre las cinco ocupantes del *bungalow*, hace tres años.

—Frank, quizá sea como buscar una aguja en un pajar.

—Será preciso que la busques. Sé que no te pido nada sencillo, Jessie. Se trata de dar con el lugar que habitó ese grupo de chicas. Tal vez a través de la vida de Carol Simpson o de Rhonda Craig lo descubras. Si puedes, dame los nombres de todas.

—¿De cuatro de ellas... o de las cinco? —dijo irónica ella.

—De todas. Las cinco. A ser posible, obtén datos de la quinta muchacha, la que no conocemos aún.

—Oh, claro. Y, por añadidura, si puedo te la traigo aquí, para presentártela —bromeó la joven periodista.

—Ojalá fuese tan sencillo. No creo que consigas tanto, Jessie. Me daré por muy satisfecho con lo que te he pedido. Y si todo ello no puede ser, me conformaré incluso con lo que logres buenamente.

—Supongo, además, que será urgente.

—Muy urgente. Tal vez el abogado Treadwell tenga que presentar nuevos testigos y nuevas evidencias no tardando mucho. De momento, mira esto. Es lo que he ideado para la edición especial de mañana.

Y mostró a la joven un fotomontaje en color, con una buena fotografía de una caja de «Veromina», otra del frasco correspondiente, lleno de cápsulas, y una ampliación de una de las cápsulas, con su nombre impreso en la gelatina gris y verde.

Sobre todo ello, en letras rojas, muy destacadas, y un interrogante como fondo, la contundente cabecera destinada a atraer la atención del lector:

«¿Ha visto usted a alguien tomar este medicamento?
No tema equivocarse. ¡Informe a nuestra Redacción!».

* * *

Harry Johnstone, ceñudo, estaba junto a Ben Goldman, director-propietario de *Sensation*, cuando Frank Corman fue requerido por su jefe con urgencia.

Los ejemplares de la última edición, con las claras, limpias fotografías del medicamento, aparecían sobre la mesa.

—Esto es ridículo —masculló con ira el oficial de Homicidios, señalando los periódicos, muy mal disimulada su contrariedad—. ¿Hasta dónde pretende llegar con su lamentable campaña, Corman?

—Tal vez hasta donde no llegaron ustedes —sonrió fríamente Frank.

El rostro de Johnstone se congestionó vivamente. Dio un golpe seco en la mesa.

—El Fiscal del Distrito está furibundo —manifestó acremente—. Es posible que solicite su procesamiento por interferir la acción de la ley y la justicia con sensacionalismos indignos.

—Escuche esto, capitán —habló con virulencia Frank Corman—. Usted es policía, y puede incluso arrestarme, si lo cree conveniente, pero tendrá que hacerlo bajo una acusación muy seria, si no quiere jugarse su carrera y su puesto. En cuanto al fiscal Tryon, deberá

demostrar que hay algo más que puro resentimiento en su actitud hacia mí, si presenta formalmente un sumario en mi contra. Soy periodista, y cumplo tan honradamente mi deber como puede hacerlo usted al arrestar a un pobre psicópata como Millard Monroe, ávido de popularidad de cualquier clase, o como puede hacerlo el propio Elmer Tryon, al acorralar a un desgraciado de quien ya todo el mundo duda que sea el asesino real, el verdadero Loco de las Tijeras.

—¡Todas las dudas son per culpa suya! —rugió Johnstone, rechinando los dientes—. ¡Ha movido su labor en el caso como si se tratase de una función circense!

—Pero he demostrado varias cosas que nadie se preocupó en ahondar. Y pienso llegar aún más lejos, incluso aunque Tryon y usted me metan en una celda. El especialista que examinó a Millard Monroe fue categórico hoy: es un hombre que padece un acentuado complejo de inferioridad, y sueña con ver su nombre en los diarios, aunque sea a costa de su propia piel. No es un caso único, ni mucho menos. Otro especialista en Criminología, convino con él en que era «sumamente raro» que un hombre afirmase tan rotunda y fácilmente su culpabilidad en todo cuanto quisieran lanzar contra él, sin el menor intento, por débil que fuese, de negar o de intentar defenderse.

—Recuerde que el fiscal rechazó esas opiniones por responder a simple opinión particular de unos especialistas, y no estar nada de ello demostrado. Y el juez convino en el criterio del Ministerio Fiscal.

—Conforme. Pero la duda está sembrada ya. Y profundamente. ¿Observó a los jurados? Ya no parecían tan aburridos ni persuadidos de que es un caso puramente rutinario. Ya no miraban a Monroe como a un monstruo, sino como a un bicho raro, que igual puede ser inocente que culpable. La duda razonable, ¿entiende? Puede ser la salvación de una vida humana.

—La vida de un loco monstruoso, no lo olvide.

—Creo que ese loco monstruoso sigue suelto por ahí, capitán.

—¡No diga tonterías! —soltó Johnstone una seca carcajada—. ¿Y qué hace que no utiliza de nuevo sus famosas tijeras? ¿Qué significa, en tal caso, la presencia de las tijeras en la trastienda de Monroe, teñidas en sangre que perteneció a Carol Simpson, lo

mismo que las manchas de sus ropas?

—Tal vez el asesino terminó su ciclo criminal —suspiró Corman—. Y tal vez por eso, una vez cometido su cuarto y último crimen, dejó esas tijeras, ya inútiles, en el lugar donde sabía que podían hacer más daño a otra persona: en la trastienda de Monroe.

—¿Y el asesino sabía ya que el sastre iba a confesar ser culpable de todo cuanto sucedió? —El escepticismo sarcástico del oficial de Homicidios, era ahora evidente.

—Tal vez sí... si el asesino *conocía* personalmente a Millard Monroe.

—¿Conocerlo? ¿Qué está diciendo?

—Si el asesino conoce a Monroe de algo, tendría explicación de que Monroe fuese visto cerca de la casa de Rhonda Craig con un envoltorio, si, pese a todo, el empleado de la gasolinera no se equivocó. Y también que alguien le citara en la vivienda de Carol Simpson la noche del crimen, logrando así que, al entrar, se manchara de sangre junto a la piscina, en los charcos allí existentes, antes de huir despavorido... y hallarse luego en su casa las tijeras, que el asesino depositó en su ausencia.

—¿Por qué no expone esa brillante teoría novelesca ante la sala?

—Porque el fiscal la haría pedazos fácilmente. Sé que así sucedieron las cosas, pero no puedo probarlo. Por ejemplo, capitán: ¿cómo fue que la policía registró la sastrería de Monroe, hallando las evidencias?

—Un confidente nos informó de modo anónimo. No quería mezclarse en problemas, pero había visto a su vecino, el sastre Monroe, manchado de sangre, llevando un envoltorio también rojo, entrar apresuradamente, en plena noche, por la puerta posterior de su vivienda.

—Ya —rió Corman triunfalmente—. El informador anónimo. El propio asesino, capitán, ¿no se da cuenta?

—Está usted loco. Esa teoría no tiene el menor sentido. Monroe es culpable. Pondría mi cabeza en juego por ello.

—Y la perdería, amigo mío... —Pareció darse cuenta, por vez primera, de que estaba presente, mudo y a la expectativa, su propio jefe. Frank le miró, haciendo una pausa—. Perdone, señor Goldman. Pero el capitán logró irritarme con sus amenazas. Lo siento.

—Está todo muy bien explicado, Corman, aunque no tenga pruebas

—suspiró el director— propietario del *Sensation* —Le felicito. Si hubiese evidencias, sería algo fantástico. Aunque he notado que faltaría un móvil para el asesino, de no tratarse de un auténtico demente, así como su verdadera identidad.

—Sí, lo sé —admitió gravemente Frank, bajando la cabeza—. Son dos detalles vitales. Si uno solo de ellos surgiera de algún modo... creo que llegaría al fondo del asunto de una u otra forma.

—El castillo de naipes se desmoronó —fue el comentario áspero de Johnstone—. Bien, escuche ahora lo que he venido a decirle, Corman: tanto el fiscal como yo hemos agotado la paciencia. Puede escribir en su periódico cuanto quiera, pero no intente meter sus narices en nada, de modo personal, porque le acusaremos de interferencia ilegal en asuntos oficiales, y le costará muy caro. Incluso podría perder temporal o definitivamente su licencia de periodista.

—Muy bien. Ya lanzó su última amenaza, capitán. No la olvidaré —su rostro se puso tenso, lleno de gravedad—. ¿Me necesita para algo más, señor Goldman?

—No —negó el director—. Ha habido algunas llamadas en relación con su reclamo sobre los que consumen «Veromina». Estamos tomando nota de todas ellas, pero no creemos conduzca a nada.

—Es igual. De todos modos, anoten todas esas llamadas. Tal vez alguien de en el clavo, sin darse cuenta, señor Goldman.

Abandonó el despacho sin dignarse mirar siquiera al capitán Harry Johnstone. Poco después, abandonaba la Redacción de su semanario, convertido ahora accidentalmente casi en un diario especial, a causa de las tiradas extras de ejemplares con información del proceso Monroe.

* * *

El timbre del teléfono despertó a Frank Corman en el mejor de los sueños.

Sin duda había sonado al menos veinte veces cuando despertó y, torpemente, sumido aún en el sopor de un sueño que venía a compensar tantas horas de tensión, y varias noches de duro trabajo, buscó a tientas el teléfono en su mesilla.

Por fin lo localizó. Su voz tuvo un matiz pastoso y torpe al

preguntar con brusquedad y con evidente mal humor:

—Eh, ¿quién llama ahora?

—Frank, ¿eres tú? —Sonó una voz de mujer, cálida, grata al oído, y sorprendentemente despejada.

—Diablo, claro que sí, Jessie —rezongó el periodista, incorporándose trabajoso en la cama—. ¿Tan desconocida está mi voz?

—Al principio pensé que era King Kong quien respondía —rió la voz lejana y deliciosa—. Escucha, dormilón. Tengo lo que querías.

—¿Qué? —Frank pegó un respingo en la cama—. ¿Qué quieres decir?

—Tengo los nombres de las ocupantes de aquel *bungalow*, en la primavera de 1969.

—¡Por todos los diablos, entonces no me hagas esperar! —refunfuñó, ya totalmente despejado—. ¿Cuáles eran esos nombres?

—Vayamos por partes —se aprovechó ella malignamente de su ansiedad, con toda parsimonia—. El citado *bungalow* estaba en Queens, entre Lorimer y Myrtle. No era un buen sitio, pero tampoco de lo peor. Les costaba trabajo pagarlo entre las cinco, porque era bastante amplio y nada barato.

—¡Al diablo con eso! —Se irritó Corman—. ¿Y las chicas?

—Toma nota. Eran ellas: Rhonda Craig, Jean Prentiss, Daisy Lark...

—... Y Carol Simpson —completó secamente Corman, con ojos brillantes.

—Exacto, detective. Pero recuerda que eran *cinco*, no cuatro.

—Diablo, es cierto. Cinco... —Enarcó él las cejas, apretando con fuerza el teléfono—. No habrás tenido la fortuna de saber quién..., quién era la quinta muchacha...

—Pues sí, la tuve —rió Jessica Ward, irónica.

—¡Oh, si estuvieras aquí, te daría un beso!

—Haría falta que yo me dejase, señor Corman —declaró ella, burlona.

—Deja las bromas de una vez. Quiero el nombre de la quinta chica.

—No te dirá nada en absoluto. Se llama Lorelei Lyon.

Corman se mordió el labio inferior. Era sólo eso: un nombre de mujer. Y bastante rebuscado, además.

—Lorelei Lyon... —repitió—. ¿Era ése su *verdadero* nombre?

—Eso, nadie lo sabe. Allí figuraba con ese nombre.

—¿Qué ha sido de ella?

—Tampoco lo sabe nadie. Desapareció. Se evaporó. Su destino es un completo enigma, Frank.

—Bueno, ahí termina el asunto, según parece. Buscar una supuesta Lorelei Lyon en Nueva York, de quien nadie sabe nada hace tiempo, sí que será la auténtica aguja en el pajar.

—Es todo lo que obtuve. Siento que te haya decepcionado...

—¿Decepcionarme? Oh, no, en absoluto. Algo hemos obtenido: el tercer eslabón. Todas las víctimas están unidas por algo. Ahora sabemos el qué: fueron compañeras de penas y fatigas, antes de separarse y seguir diferentes caminos en la gran ciudad. Todas vinieron de fuera, incluso Lorelei Lyon, la quinta muchacha. ¿Se sabe si abandonó el *bungalow* antes, después, o al mismo tiempo que sus compañeras?

—Parece ser que antes, Frank. No mucho antes, claro. Es lo que me dijo la señora que alquila esos apartamentos y *bungalows* en Queens. Añadió que Lorelei era una muchacha rubia, pálida, algo enfermiza de aspecto, muy callada y taciturna. No recuerda más, aunque creo que tenía los ojos azules.

—Con esos datos, hallaríamos millares de jóvenes neoyorquinas —refunfuñó Corman—. Bueno, vale más eso que nada. Jessie, no sé cómo agradecerte...

—Oh, calla, no digas tonterías —le cortó ella, risueña—. Por cierto, te llamo desde el periódico. Me estoy cayendo de sueño, y ahora mismo voy a casa. Goldman duerme ya desde hace horas, igual que tú. Yo también soy humana, Frank, y necesito descanso.

—Por supuesto. Mañana nos veremos después de la sesión del proceso. Felices sueños, preciosa.

—Espera aún. Tengo aquí algunos informes de última hora, destinados a ti. Hay un sinfín de gente que utiliza esas cápsulas, a lo que veo.

—No lo creas. Las farmacias expenden muy escasa cantidad de «Veromina». La llamada de *Sensation* ha provocado una psicosis de «Veromina» en la gente. Ocurre siempre, en todos los casos parecidos, Jessie.

—Ya lo sé. Pero uno de los informes me resultó curioso por lo casual. Quizá por ello lo separé de los demás, marcándolo con lápiz rojo para que lo vieses mañana.

—Bueno, pues lo veré mañana, palabra —bostezó—. Ahora voy a dormir. A estas horas no puedo hacer nada por encontrar el rastro de ninguna Lorelei Lyon. Y cuando hagamos una llamada en el periódico, saldrán a docenas.

—Bien, entonces felices sueños. Pero no olvides el informe sobre esa medicina, el marcado en rojo. Resulta raro que lo hallasen en el propio Palacio de Justicia, hoy, ¿no crees? Bien, buenas noches, dormilón.

Colgó. Frank Corman cerró sus ojos con un resoplido, y se dejó caer en el lecho, para continuar su pesado y reparador sueño.

De repente, pegó un salto en el lecho, abriendo enormemente sus ojos. Todo vestigio de sueño escapó de su mirada, de su rostro aturdido.

—¿Qué? —aulló—, ¿EL PALACIO DE JUSTICIA?

Y se precipitó sobre el teléfono, derribándolo. No dudó en tirarse sobre la alfombra, para desde allí marcar el número del periódico nuevamente.

CAPÍTULO XI

Frank Corman contempló en su mano la cápsula rota, los vidrios, el fragmento de papel impreso de una etiqueta, y el trozo de cartón de un envase externo, color gris, con las letras «VE...», visibles aún.

—¿Dónde lo encontró? —Fue su grave pregunta.

El conserje respiró con fuerza. Era un hombrecillo menudo, de cabellos canosos y expresión asustada. Parecía inseguro sobre lo oportuno de su acción, al acudir a la Redacción del *Sensation* con aquellos residuos.

—Bueno, yo... me ocupo de la limpieza de colectores de los lavabos internos del piso donde se desarrolla precisamente el proceso Monroe estos días. Hay unas rejillas donde a veces se depositan residuos, y conviene dejarlas libres de obstáculos, para evitar atascos. Entre la totalidad de lo recogido en los lavabos, apareció esto. Leí su publicación, recordé la cápsula gris y verde... y busqué todo lo que hallara, que es esto.

—De modo que no puede saber a qué lavabo, exactamente, corresponde el lugar donde dejaron caer el recipiente roto, la caja dividida en fragmentos, y las cápsulas restantes.

—No, exactamente no. Pero procede de los lavabos interiores de esa ala del edificio.

—¿Qué quiere decir «interiores»? ¿Qué lavabos son, exactamente?

—Los de servicio de magistrados, letrados... y jurado.

Corman se quedó callado, con gesto de enorme perplejidad.

—Magistrados, letrados... y jurado. ¿Quiere decir que *sólo* ellos utilizan esa zona?

—Exactamente. En este caso concreto, sólo el juez Barrett, el fiscal Tryon y el defensor Treadwell.

—Más el jurado.

—Eso es; más el jurado. Ellos sólo utilizan los servicios del corredor que une la sala con su habitación destinada a deliberaciones. Pero pertenece a la misma red de colectores que los otros.

—¿Y no hay ninguna posibilidad de que haya un cruce de residuos con otros lavabos o servicios sanitarios?

—No, en absoluto. Otro compañero se ocupa de los demás, y todos son aislados entre sí.

—Ya. —Corman miró fijamente al conserje—. Llegado el momento, si fuera preciso, ¿usted se atreverá a testimoniar todo esto en el estrado de los testigos?

—Cielos, si con eso no pierdo mi puesto... —Tembló el hombre.

—No tema. Es más. Merecerá un premio por haber contribuido a hallar quizá una verdad insospechada. De momento, el *Sensation* ya le concede los cien dólares de premio al informe recibido. Y agradece su civismo como merece. Gracias por todo, de corazón.

El hombre salió de allí con su cheque, realmente complacido y más tranquilo que al entrar. Frank Corman se quedó pensativo y con el ceño fruncido.

Depositó aquellos pequeños objetos en una bolsa de plástico, y la precintó, guardándola en una gaveta de su mesa, que cerró con doble vuelta de llave. Respiró hondo.

—Bueno... —dijo—. Tal vez sea casual, pero sería *demasiado* casual. Un medicamento poco común, la llamada del periódico... y justamente hoy aparece en los lavabos del Palacio de Justicia. ¿Por qué podría tener miedo de algo así un juez, un fiscal o un abogado? ¿Por qué un miembro del jurado?

Eran quince posibilidades. Quince interrogantes. Un tremendo misterio en torno. Una posibilidad fantástica...

—Pero... ¿cómo es posible? —musitó para sí, aturdido—. El juez Barrett no puede ser... Ni tampoco creo que lo sea Tryon, o Treadwell...

Quedaba una posibilidad más. Una posibilidad con doce rostros y doce nombres: el jurado.

—El jurado... —musitó—. El jurado... Mañana los miraré, uno por uno. Los estudiaré. Tal vez alguno de ellos se delate. Tal vez...

* * *

Resultaba extraño.

Extraño e incómodo. Era como ver las cosas bajo un prisma diferente. Como si, de repente, todo se hubiera deformado ante sus ojos. ¿O tal vez estaba deformado ya anteriormente, y ésta era su auténtica imagen?

Corman permanecía quieto, reflexionando en su asiento, una mano bajo la barbilla, la otra apoyada en el brazo de la incómoda silla. Delante de él, hablaba, gesticulante, el fiscal Tryon, dirigiéndose a un testigo, y a veces el jurado. A veces, se incorporaba Treadwell para protestar.

En su silla de acusado, Millard Monroe era un pelele silencioso, un pasivo espectador del drama más que su protagonista central.

Y allá, en el largo estrado, silenciosos, atentos, siguiendo cada matiz del curioso proceso, los doce miembros del jurado. No doce hombres, sino cuatro mujeres y ocho hombres. Cuatro mujeres, tres blancas y otra de color, dos hombres de color, un puertorriqueño joven, y siete hombres de piel más clara. Todos unidos por un juramento para emitir veredicto sobre un supuesto asesino que jamás negaba sus culpas.

Igual que el día anterior. Igual que todos los días.

Pero algo fallaba. Algo era diferente. Quizá la atmósfera, quizá su propia mente y sus ojos. Su mirada fija en el juez, no encontró nada anómalo. No parecía que le doliese la cabeza frecuentemente. No le había visto tomar pastillas jamás.

¡Pastillas!

Ahora recordó algo, vagamente. Un miembro del jurado tosió un día un comprimido cuyo color y forma no atinó a ver. Y vio en el suelo una caja con una franja azul oscura, de algún medicamento en el que no prestó atención.

¿Quién tomó aquel comprimido? ¿Qué medicamento era el de aquella caja?

Esforzó su memoria. No, no parecía ser la caja gris de la «Veromina». Pero no podía asegurar nada en cuanto al comprimido. Giró la cabeza. Miró bruscamente a los jurados. A cada uno de ellos, fijamente. Y por largo rato...

Las mujeres... Marion Blake, camarera de restaurante. Wanda King, mestiza, tintorera.

Cheryl Perkins y Millie Webb, corista una, empleada de grandes almacenes la otra.

Tab Robbins, también de color, como Hasper Robson. Cantante de *jazz* uno; actor el otro. Glenn Harriman, de blancos cabellos, fuerte y arrogante. Ex funcionario municipal. Portavoz del jurado.

Lester Wade, cincuenta y dos años, gafas oscuras, calvo. Ex policía.

Ahora compraba y vendía terrenos. Kirk Edwards, dibujante de temas eróticos y picarescos. Néstor Carrizo, el insultante joven puertorriqueño, jugador de fútbol y mecánico, enamorado de los coches rápidos y de las mujeres con curvas. Finalmente, Cornell Lance, hijo de una familia rica, perezoso y mascando chicle siempre, no lejos de Jason Bridges, de Tennessee, el caballero del aparatito auditivo a pilas, y el negro bastón de puño de plata, también sexagenario, también de pelo planeo, cejas canosas e hirsutas, boca apretada...

Uno a uno, los revisó a todos. Jamás los miró como hoy. A algunos les sorprendió su fijeza. Corman se había hecho muy popular en aquel juicio. El sordo señor Bridges, el ex policía Wade, y el joven Lance, cruzaron con él la mirada, entre sorprendidos y preocupados. Casi todos la desviaron después, en tanto Corman seguía su minucioso examen de los doce miembros del jurado.

Las mujeres... ¿Podía ser una mujer? ¿O uno de los ocho varones? ¿Un blanco, un negro? ¿El puertorriqueño? ¿Un joven, un sexagenario?

De súbito, recordó algo.

El comprimido sin agua. Lo recordó al ver a Lester Wade, el ex policía, frotarse pensativamente los labios, como si le faltara algo. Había sido él. Estaba casi seguro, aunque no hubiese podido jurarlo tampoco.

—Cielos, estoy casi seguro. Ese medicamento lo arrojó al lavabo *uno* de ellos. Pudo hacerlo por simple temor a dar explicaciones o verse en problemas. Pero sería un pretexto tonto para semejante acción. En otro caso, lo hizo tal vez por ser culpable.

Un jurado... culpable de asesinato.

Era una teoría fantástica. No podía exponérsela a la policía. Y menos aún al fiscal o al abogado defensor. Se reirían de él. Le llamarían de todo lo peor. Dirían que se había pasado de la raya.

Y, sin embargo, algo en su interior le decía que sí. Que estaba en lo cierto. Que estaba viendo ante sí al auténtico Loco de las Tijeras, al culpable de cuatro horribles asesinatos.

Pero ¿por qué motivo? ¿Qué otro nexo existía, aparte el conocerse las cuatro muchachas?

Dentro de poco, el abogado Treadwell, armaría un buen revuelo cuando anunciara eso a la sala, probando fehacientemente que las

cuatro víctimas se conocían entre sí desde hacía tres años. Y que eso no podía en modo alguno ser casual. Que los crímenes no eran obra de un maníaco caprichoso, sino de un criminal con un móvil concreto.

Y para entonces, él estudiaría a los miembros del jurado muy atentamente. En especial cuando nombrasen a una mujer misteriosa, llamada Lorelei Lyon...

Tal vez alguien, entre los dos, se delatara en ese momento.

CAPÍTULO XII

IMPRESIONES DE UN JURADO (IV)

Lo sabe.

Nos está mirando. Uno a uno.

Lo sabe. No sé cuánto pueda saber, pero ese maldito periodista sabe ya algo. Sospecha algo. Quizá hallaron algún residuo de las malditas cápsulas. Sería fatal para mí.

Él no ha mirado nunca hacia aquí de ese modo. Solamente hoy. Es un animal al acecho. Nos vigila.

Ahora mismo... Ahora mismo me está mirando *a mí*. Debo sostener su mirada. Es difícil, pero debo hacerlo. Es peligroso como una serpiente de cascabel. Si cometo un error, si me delato lo más mínimo, estoy perdido.

No. Ahora debo mantener la sangre fría más que nunca. Puede sospechar. Bien. Que sospeche. Eso no quiere decir nada. Somos doce aquí. ¿Uno de nosotros? Es posible, pero ¿quién?

No creo que sepa *quién*. No se detiene particularmente en ninguno. Nos contempla a todos, nos escudriña, quiere penetrar en nuestro interior. Espero que mi rostro sea lo bastante inexpresivo.

Ahora, todo depende de mí. Fui demasiado audaz en meterme en este lío. Quise desafiar a todos, y es un peligro. Pensé que mi posición era tan sólida... Y lo hubiera sido, de no mediar esa maldita cápsula... Y, sobre todo, ese odioso entrometido del periódico...

No sé. Presiento que hoy preparan algo nuevo, algo teatral. Un nuevo golpe de efecto. El abogado está demasiado tranquilo. Corman está tenso, al acecho, esperando algo. Tryon desconfía. No está seguro.

Ese maldito imbécil cada vez parece menos el asesino que pretendí hacer de él. Se está derrumbando. Lloro a veces en silencio. Terminará gritando que sólo quería publicidad. Y le creerán, maldita sea. Todos le creerán. Incluso mis once compañeros. Esto ha cambiado mucho desde que comenzó.

Corman se encoge. El abogado va a requerir a un testigo de la defensa. Maldita sea, eso lo puede cambiar todo. Algo se prepara aquí. Esperemos. Esperemos tranquilos, serenos. Nada de precipitaciones ni sobresaltos. Debo mantener la firmeza, no revelar inquietud alguna.

Tal vez no sospeche precisamente de mí. Tal vez mi persona no le resulte dudosa. No podría asegurarlo, claro. Es tan endiabladamente astuto y obstinado...

¿Qué es eso? Ese testigo... Es una mujer. Está hablando de un *bungalow*... Un *bungalow* en Queens... La primavera de 1969... ¡Dios mío, no! Eso no... No podré soportarlo...

Maldito Corman. Ya está mirando de nuevo. Nos espía, está esperando el fallo, el descuido, el error... Y esa mujer hablando de ellas... De las cuatro... ¡No! Habla... ¡habla de *las cinco*!

Oh, cielos, esto es demasiado... Ese nombre... Lo acababa de mencionar.

Lorelei. Lorelei Lyon... No, no... Fantasmas míos, desvaneceos, hacedme olvidar, dejadme seguir inexpresivo, quieto, sin emociones. Es tan difícil. Pero debo hacerlo.

Sí, él sabe... O sospecha. Creo que está llegando al fondo del asunto. Si da con el móvil, dará conmigo, fatalmente. En cuanto descifre lo que significa ese nombre, en cuanto sepa quién es Lorelei Lyon... sabrá lo demás.

Corman acaba de mirarme. Ha clavado sus ojos en mí. He sentido el sudor en todo mi cuerpo, pero creo que he dominado el escalofrío. He controlado mis músculos faciales, mi mirada.

Espero que haya sido suficiente. Maldita sea... No sirve de nada que el fiscal proteste. El juez rechaza su protesta. Dice que eso prueba la relación entre las cuatro víctimas. Y significa que no hubo capricho en la elección de víctimas.

No, claro que no lo hubo. Pero ellos nunca debieron saberlo. Ni lo hubieran sabido, a no ser por Corman. Oh, Dios, cómo le odio... Desearía verle muerto. Matarle con mis propias manos. Si fuese dueño de mis actos lo haría. ¿Por qué tuve que meterme en este maldito jurado? ¿Por qué atarme yo mismo de pies y manos, y entregarme al riesgo de ser desenmascarado? Mal me está resultando el juego. Muy mal...

Pero creo que, por el momento, he salvado la situación. Corman no

ha vuelto a mirarme. Siguió adelante. Miró a los demás. Esta desorientado. Sabe *dónde* está el asesino, pero no sabe *quién* es... Tal vez aún gane yo la partida. Tal vez pueda vencer a Corman, a la ley, a la justicia, a todos. Todo depende de que nunca sepan quién era Lorelei Lyon...

CAPÍTULO XIII

—Lorelei Lyon, ¿entienden? Ella es la clave de todo.

Goldman asintió en silencio. El abogado Treadwell se limitó a fumar, con una expresión pensativa en su agudo rostro. Y Jessica Ward continuó su tarea de archivar datos, en una mesa inmediata de la Redacción.

—La tirada con el nombre de Lorelei Lyon en primera página, ofreciendo mil dólares de recompensa a quien nos diga dónde está, qué fue de ella, o quién es realmente, está a punto —dijo apaciblemente Goldman—. Por el momento, es todo lo que puede hacerse, Frank.

—No, no es todo —rechazó vivamente Corman—. Tengo una idea fija. Y voy a llevarla a la práctica.

—¿En qué modo, Corman? —se interesó Treadwell—. Ha de tener mucho cuidado. Tanto el Fiscal del Distrito como el capitán Johnstone están furiosos con usted. Si da un paso en falso, caerán sobre usted muy gustosos. Lo de hoy en el juicio, demostrando la relación entre las cuatro víctimas, no lo han digerido aún, porque eso derrumba todas sus teorías y acusaciones. Por ello pidió Tryon un aplazamiento hasta pasado mañana.

—Pasado mañana... —Frank meditó, dando vueltas por el despacho—. ¿Se dan cuenta? Si mi teoría es cierta, el asesino puede escapar. Creo que sabe el peligro en que se halla.

Hoy vi su rostro, su mirada angustiada, fingiendo serenidad, estoy seguro.

—¿De veras? —se excitó Treadwell, echándose adelante—. ¿Sabe acaso quién es?

—No, no lo sé. El culpable disimuló perfectamente sus emociones. Pero mi mirada le habrá dicho ya que yo sé dónde se halla ahora. Y eso ya es mucho para él.

—¿Insiste en la peregrina idea de que un jurado es el asesino? —dudó el abogado.

—No es sólo una idea. Es una convicción total. Uno de ellos es culpable.

—¿Y todo porque arrojó unas cápsulas al lavabo? —sonrió Goldman.

—Es todo un indicio de miedo, de incertidumbre. Recuerden que es un medicamento poco corriente, rara vez recetado.

—Tendrá que comprar más. Si los dolores de cabeza que sufre son tan fuertes...

—Los dolores de cabeza —repitió con expresión astuta Corman—. Ésa puede ser una pista, pero tomará cualquier otro calmante, disimulará sus dolores. No es ningún tonto, sino un criminal astuto, cruel, agresivo y seguro de sí. El hecho de lograr meterse como candidato al jurado, es sintomático ya de su audacia y de su serenidad.

—No veo cómo va a conseguir algo, Corman —suspiró el director del periódico.

—Yo, sí. En primer lugar, necesito visitar un pequeño y olvidado establecimiento en la Calle Catorce Oeste...

—¡La sastrería de Millard Monroe! —Se sobresaltó Treadwell.

—La misma.

—¿Para qué?

—Se lo diré, si confirmo lo que ando buscando.

—Puede ser muy peligroso...

—Claro que puede serlo. Por otro lado, Jessie, necesitaré también tu colaboración una vez más.

—Estoy a tus órdenes, Frank, si el jefe no piensa de otro modo.

—No, Jessie, puede ayudar a su compañero —convino Goldman, paternal.

—Gracias, jefe —suspiró Corman—. Escucha, Jessie. Necesito que averigües algo sobre ciertas personas, una por una. Y también quiero que hagas un experimento en el Registro Civil, mañana mismo. Te explicaré...

Ampliamente, Frank Corman explicó a su compañera lo que esperaba de ella. Aunque sorprendida ostensiblemente, Jessica Ward asintió. —Sí, Frank— dijo. —Cuenta con ello.

* * *

Olía a humedad, a cerrado, a miserable incluso.

No era un chamizo, pero tampoco un establecimiento alegre mi

luminoso. La tienda propiamente dicha, donde vendía trajes confeccionados y exhibía sus piezas para cortes de traje, era larga, lóbrega y anticuada.

Había un taller para cortar los tejidos y coser, y una trastienda llena de retales, hilos, y cajas con botones y adornos. Todo aquello era infinitamente más oscuro aún. Habían cortado la luz eléctrica, y Corman hubo de utilizar una lámpara de bolsillo para recorrer aquel feo recinto lleno de sombras, polvo y humedad.

Halló el lugar donde la policía encontrara las grandes y tremendas tijeras de sastre. Había aún oscuras manchas como de óxido sobre un estante de madera, entre papeles revueltos.

Corman estaba seguro de que aquéllas nunca fueron sus tijeras, sino otras depositadas por el asesino, y que habían servido para matar a Carol Simpson, llevándose a cambio las de Monroe. Mientras se efectuaba el canje, Monroe estaba en el lugar del crimen, adonde debió llamarle con un pretexto el criminal. Por tanto, conocía los usos y costumbres del sastre muy bien. Podía ser vecino, pero eso hubiera resultado peligroso, para el auténtico monstruo de las terribles tijeras.

Por eso estaba ahora allí. Creía tener la idea precisa de cuál era la posible relación entre el sastre y el criminal. Una relación que, singularmente, en momento alguno había llegado a hacerle identificar a Monroe a ningún miembro del jurado, a menos que lo disimulara muy bien.

Buscando, acabó por encontrar, entre un montón de viejos libros polvorientos, aquel que él buscaba: era el registro de clientes, con sus tallas para la confección de trajes.

Lo empezó a examinar, hoja por hoja, sin hallar nada especial. Buscó otro, de fecha anterior. Si el asesino había tenido relación con Monroe antes de planear los crímenes, no tendría ningún inconveniente en dar su nombre verdadero.

Y ese nombre podía estar allí.

Sabía que era algo demasiado fácil, pero el asesino, convencido de su inmunidad, no habría pensado quizá en aquel viejo paso, quizá olvidado...

Era una esperanza. Y la quería apurar, aunque el resultado fuese negativo.

No.

No fue negativo.

Allí estaba el nombre del cliente de Monroe. Databa de tres años antes. Del verano del año 1969. Curiosa coincidencia...

Leyó dos veces nombre y apellido. Evocó a los doce jurados. En su memoria, dibujó un rostro, una figura, una personalidad.

—Al fin —suspiró—. Ya sé quién mató a las cuatro muchachas. Ahora, sólo necesito saber por qué y...

De repente, algo pareció crujir a su espalda, pese al oscuro y silencioso abandono en que se hallaba el lugar. Giró el cuerpo y la cabeza, dirigiendo la lámpara eléctrica hacia un bulto que se movía en la oscuridad.

No llegó a tiempo. Algo macizo y sólido le golpeó bruscamente, derribándole de bruces a pies de la persona que, sigilosamente, había entrado en el negocio de Millard Monroe, sin ser advertido por Corman.

Un millón de luces parecieron estallar y bailotear ante los ojos del joven periodista. Luego, se desplomó en el fondo de una sima oscura que le engullía vertiginosamente, y no supo nada más.

* * *

Cuando volvió en sí, le deslumbró la claridad de su propia lámpara, enfocada sobre su rostro, desde el suelo.

Más allá, alguien rebullía en la sombra. Unos ojos ardientes estaban fijos en él, de eso sentíase Frank Corman bien seguro.

—Buenas noches, señor Corman —saludó una fría voz—. ¿Sorprendido?

—No mucho. Debí imaginarlo —gimió Frank roncamente. Estaba tendido de bruces. Le habían atado muñecas y tobillos con tiras de tela de viejos trajes cortados por Monroe—. ¿Cómo lo hizo para evadirse?

—Tenía que hacerlo. Era a la desesperada, Corman. Medité sobre lo de hoy, y comprendí que ya era sólo cuestión de horas que llegase al final del camino. Sabiendo que existió una Lorelei Lyon, todo iba a ser sencillo. Incluso demasiado sencillo. Y, de repente, me acordé de esto. La tienda cerrada de Monroe, el viejo traje que él me confeccionó, apenas llegué a Nueva York, hace tres años... Entonces, no sabía que iba a necesitar borrar mi nombre de ese

libro. Entonces no sabía nada de cuanto iba a suceder, Corman.

—Ellas ya se habían marchado del *bungalow* de Queens para el verano de 1969 —le recordó secamente Corman.

—Claro. Pero yo no sabía lo demás... ¿Es que ha llegado ya al fondo?

—No del todo. Pero empiezo a imaginar algo. Todo dependía de la persona, y... —Trató de incorporarse, pese a las ligaduras. No lo logró, porque súbitamente, una larga, centelleante hoja de acero apuntó fijamente contra él, apoyándose en su pecho. Aquella especie de larga y fina espada, había surgido de la sombra sin titubeos.

—Cuidado —avisó la voz glacial—. No dudaré en atravesarle de parte a parte, Corman. No se mueva.

—Sé que lo haría gustoso. Incluso es posible que termine haciéndolo, después de jugar conmigo como el gato con el ratón. Ése es su juego favorito. Quiso hacerlo en una sala de Justicia, y no resultó bien.

—Por culpa suya, Corman —silabeó.

—Me odia mucho, ¿verdad?

—Mucho. Tanto como a ellas cuatro. Sí, creo que le mataré. Pero dijo bien: me gusta el alarde ante los demás, el desafío abierto. Por eso entré en el jurado.

—Y por eso ahora renuncia a su juego. ¿Sabe que le buscarán? Ya saben que uno de ustedes era el culpable. Lo sabe Treadwell. En cuanto le noten, en falta, informará de ello a la policía. Estando usted allí, nadie lo creería. Y menos aún de usted. Pero ahora...

—Ya nada me preocupa. Compartía la alcoba del hotel con otro jurado. Ahora está muerto. Atravesado el corazón por este estoque que jamás me abandona.

—Es horrible —se estremeció Corman—. Ahora entiendo. Su bastón de puño de plata... es un estoque, en realidad. Pero nadie sospecha del viejo y medio sordo caballero de Memphis, Tennessee, llamado Jason Bridges. Tan avanzada edad, tan poco fuerte en apariencia, aunque malencarado...

—Siempre he sido un buen actor, Corman. Fueron mis inicias; en un teatro de provincias. Logré falsear mis documentos al presentarme como jurado. Sólo tengo cincuenta y tres años. Son diez menos, ¿entiende?

Y apareció en la zona iluminada por la linterna, sin desviar un ápice su acero del corazón de Corman. Ciertamente, se le veía más erguido. Se arrancó de un tirón el aparato auditivo, riendo de buen grado, con hosquedad. Tocó sus cabellos crespos.

—Entiendo. Ni sordera, ni bastón, ni encorvado... y ni siquiera tan canoso. Un buen tinte, un andar indeciso, algo renqueante... y el aparatito auditivo. Convincente todo. Bien, Bridges. Ahora tendrá que cambiar de identidad incluso. Jason Bridges va a ser buscado por todo el país.

—También buscan a Lorelei Lyon. Y Lorelei Lyon nunca existió.

—Ella era... su hija, ¿verdad, Bridges?

—Sí —le miró con ojos fríos, centelleantes—. ¿Cómo lo sabe?

—Es fácil suponerlo. Simple deducción.

—Era mi hija, sí. Laura Bridges. Una chica soñadora, que ansiaba ser alguien, sin ayuda. Pero era débil. La ciudad la venció. No supo ser firme. Se dio a beber, tuvo un hijo... Sus amigas no quisieron saber nada de ella. Pelearon, creo. Le dijeron que era mejor que siguiera su propio camino, sin ellas. Todas trabajaban en el teatro, en espectáculos y cosas así.

—¿Y qué sucedió?

—Que Laura siguió ese camino sola. Fue de mal en peor. De haberla ayudado ellas, hubiese cambiado. Hubiera sido todo diferente. Al verse abandonada y con problemas, le faltó valor. Terminó con su vida y con la del niño. Algo terrible. Yo lo supe tras mucho tiempo de buscarla. Como quiso usar nombre supuesto, era difícil su rastro... Luego, supe lo de sus amigas. Todas tenían éxito. Y sus formas de vida tampoco eran como para sentirse puritanas con nadie. Les devolví golpe por golpe. A todas ellas. Monroe era un tipo bobalición y ávido de popularidad. Un pobre imbécil. Lo recordé, y le hice caer en la trampa. El haría el resto, gustosamente. Pero nunca me pudo identificar. ¿Cómo relacionarme con un hombre mucho más joven, de pelo oscuro, sin bastón ni nada parecido, después de tres años? Así pasé desapercibido para él en el proceso. Nunca me relacionó con el desconocido que le llevó a la trampa, ni tampoco conmigo mismo.

—Bien, Bridges. Eso lo aclara todo. Tengo el móvil, el culpable...

—Y no le servirá ya, de nada. Me iré lejos, adoptaré otra personalidad. Es lástima que llegase tarde a salvar a mi hija de los

peligros de la ciudad. Nunca debió dejar Memphis para venirse a esta despiadada selva de cemento.

—Y usted nunca debió vengarla así. Después de todo, tal vez ella hubiera seguido igual camino estando con sus amigas. Y éstas no cometieron tan gran delito. Luego seguramente se arrepentirían de lo que hicieron, buscarían en vano a su hija...

—Ya era tarde. Cometieron una canallada con ella. La pagaron, es todo.

—Y luego, su compañero de jurado... ¿Quién ha sido, Bridges?

—Glenn Harriman. Ése sí tenía sesenta años. No se perdió gran cosa.

—Es usted cruel. Cruel e inhumano.

—Me tiene sin cuidado lo que opine. Esto se terminó para usted... Será un modo de tomarme la revancha por mi fracaso. Usted tuvo la culpa de él, Corman...

En ese preciso instante, de alguna parte, afuera en la tienda, llegó una voz aguda:

—¡Frank, Frank! ¡Ya lo tengo, ya lo tengo todo!...

—¡No, Jessie, no entres! —aulló Corman, exasperado—. ¡Está aquí el asesino!...

—¡Necio! —jadeó el monstruo—. ¡Ahora serán dos víctimas en vez de una! Y se lanzó a fondo, para atravesar a Corman de parte a parte.

* * *

El joven periodista salvó providencialmente su vida.

Su propia desesperación le hizo agitarse, caer de lado... y la espada le atravesó el hombro izquierdo, bastante por encima del corazón, afortunadamente.

El asesino quiso precipitarse hacia la salida, en busca de Jessie. Rápido, pese a sentir que el acero salía de su herida y la sangre brotaba tumultuosa, Corman estiró los brazos atados, aferrando con ambas manos un tobillo del fornido y enloquecido Jason Bridges.

Con un ronco juramento, cayó de bruces en tierra el criminal. Jessie, que asomaba en la puerta de la trastienda, contempló con horror la escena. Exhalando un rugido de fiera herida, más por

Jessie que por sí mismo, Frank cayó de nuevo sobre su enemigo, y observó que había perdido el estoque de puño de plata, que yacía junto al caído. Las manos torpes de Corman, pese a estar ligadas, aferraron el acero antes que Bridges. Rápido, lo alzó, apoyándolo en la garganta del asesino.

—Ni un movimiento, Bridges, o le mato —jadeó, sintiéndose muy débil—. Jessie, corre a la calle, avisa a la policía...

—¡Nunca! —aulló el asesino—. ¡No me juzgarán como a ese desgraciado de Monroe! ¡No a mí!

Y se precipitó voluntariamente sobre la espada que sujetaba Frank. Este nada pudo hacer por evitarlo. Por su propio impulso, Bridges se atravesó de lado a lado la garganta.

Jessie gimió, cubriendo sus ojos con horror. Frank respiró hondo, soltando la espada, que quedó cruzada en el cuello del asesino, vibrante y rojo el acero.

—Mi cabeza... Me... duele... mucho... —Gorgoteó, entre espuma de sangre el moribundo.

Fue lo último que dijo. Cayó, con ojos vidriados, quedando inmóvil entre ambos.

Corman se incorporó a medias. Jessie corrió a él con valor repentino, para soltar sus ligaduras.

—No, no hay prisa —musitó él—. Eso, más tarde. Avisa a la policía. Y que llamen a una ambulancia. Es todo... Oh, Jessie, ¿qué viniste tú a hacer aquí?

—Es que averigüé pronto lo de la hija de Bridges, que se suicidó hace tres años, supe que solamente Bridges, de entre el jurado, tomaba a veces cápsulas. Wade tomaba unas tabletas amarillas, para la tos, y nada más. Alguien recordó que a Bridges le dolía a veces la cabeza, al iniciarse el proceso. Y corrí para informarte, sabiendo que estabas aquí... Un farmacéutico reconoció el apellido Bridges entre todos...

—Ahora la policía debe buscar a ese hombre. Mató a alguien más, a un jurado... —sonrió luego a Jessie, mirándola con profundo afecto—. Cielos, si te hubiera hecho algo...

—Frank, eres tú quien peligraba, y te ocupaste de mí... —habló Jessie, emocionada, antes de correr al exterior a avisar a las autoridades.

Jessie, mientras hablaba, le había ido desatando.

Corman, una vez solo, caminó despacio hacia la larga tienda de Monroe, y musitó para sí, meneando la cabeza:

—Sí, eso es cierto. Sólo Jessie me preocupaba en ese instante. Mal indicio... Cualquier día soy capaz de casarme con ella...

Y la sonrisa de Frank Corman se amplió.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas tuyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Aproximadamente, un metro y sesenta y cinco centímetros, y un metro setenta y siete, respectivamente, ya que seis pies equivalen a 1,80 metros. < <